

Adriana Souza

## **Estación Cultural**

Adriana Souza

**Estación Cultural: *El periodismo cultural en el siglo XXI y su aproximación con la antropología: la cultura como modo de vida***

TIF presentado a la Especialización en Periodismo Cultural de la Universidad Nacional de La Plata, con finalidad de evaluación y consecuente título de Especializada en Periodismo Cultural.

Directora: Dra. Alejandra Cebrelli

## **Agradecimientos**

Gracias (¡infinitas!)

A todas las personas que se hicieron presentes en este libro, personajes que me hicieron comprender mucho más de lo que esas páginas pueden contar. Les dedico a ustedes en especial (Juan, Bicho, Graciela, Mariela, Susana), mis eternas gracias.

A toda la banda de la clínica de escritura, que me inspiraron, acompañaron, ayudaron a corregir y a replantear ideas durante todo el año de 2017. A ustedes (Ale, Pabli, Fedra, Silvi, Cheli, Pablo) las palabras me faltan.

Al genio de Julián Varsavsky y su corrección minuciosa, toda mi admiración y agradecimiento.

A la querida Alejandra Cebrelli, mi directora tan sensible y profesional. Gracias por ese tiempo juntas. Sin vos eso no hubiera llegado tan lejos.

A Mike Arista, fiel revisor y ayudante del oficio de escribir. ¡Gracias!

A Juan José Dittlof, que me inspiró y motivó a seguir escribiendo. ¡Gracias miles!

A mis amigos, lejanos y cercanos, que supieron ser presentes en la escucha y lectura de mis historias, en especial a Edberg quién me acompañó en uno de esos pueblos, siendo partícipe importante de la magia del viaje y a Lorena Silva, mi amiga y gran compañera de camino. ¡Gracias por todo!

Y por fin, y no menos importante, a mis padres, eternos compradores de mis sueños de viajera de las palabras. Los amo y les agradezco toda la vida.

## **Índice**

**2 Agradecimientos**

**3 El proyecto**

**6 Villa Pardo**

**17 Patricios**

**26 Uribelarrea**

**38 Gouin**

**46 Carlos Keen**

**59 Epílogo**

**61 Bibliografía**

## **El proyecto**

El proyecto del libro nació en 2013 cuando recorría, por primera vez, algunos de los pueblos de Buenos Aires. El imaginario del tren en telenovelas, películas e historias siempre estuvo muy presente en mi infancia, y después, ya en la facultad, se cruzó con una inquietud propia de entender la fenomenología de subsistencia de los pueblos. A propósito, yo soy de uno en Brasil, y sé la dificultad de valorar la cultura local y replantear sus significados, entendiendo que, muchas veces, el esfuerzo está en reestructurar la base histórica, quebrada en el pasado por decisiones económicas, políticas o religiosas.

Los pueblos fueron elegidos por representar un problema y una solución cultural, ligados, obviamente, por la historia del tren. Básicamente este es el hilo conductor que los une, recorriendo como cuentas de un rosario cada uno de esos parajes pampeanos. El único de los cinco pueblos que no está inscripto en el programa Pueblos Turísticos es Patricios, y por ende, fue elegido para ser una de esas crónicas.

La idea era buscar en esos lugares un motivo que los ayudara a mantener vivos después que el tren dejó de pasar. Y entender cómo conviven con la estación, figura importante en esos pueblo no solo como espacio público, sino como andén de recuerdos. Lo que van a ver en las próximas páginas son crónicas que intentan rediseñar el espacio cultural del tren junto a las vías y vidas de tantas personas que cruzan a diario los rieles del tiempo.

La historia remonta desde finales de siglo XIX cuando el tren dejó de pasar por muchos lugares de Argentina y donde no sólo se plasmó la materialización de los intereses británicos en suelo argentino – en cuyo territorio se llegaron a extender hasta 44 mil kilómetros de vías – como también transformaron para siempre la vida de los pueblos y sus habitantes. El auge llegaría a finales de 1960 cuando las políticas públicas, entre otros factores, apostaron al servicio automotor ocasionando una decadencia tan progresiva como irreversible, así, muchos sueños quedaron atrapados en el vacío y en el silencio de las estaciones. Los habitantes de los pueblos donde el tren lo era todo, fueron abandonados a su suerte y las vías, antes señal de progreso, ahora resultan viejas huellas imperdibles para fotógrafos, viajeros y curiosos.

Dos siglos después, pueblos ferroviarios como Villa Pardo, Patricios, Uribelarrea, Carlos Keen y Gouin sobreviven gracias al turismo rural, la gastronomía, la permacultura y las artesanías.

Se resistieron a dejar sus pueblos y reinventaron su propia mano de obra, ya no con el tren como realidad sino como un recuerdo que los formó social y culturalmente.

Con ello se atiende a un aspecto cada vez más importante para el periodismo cultural del siglo XXI, a la búsqueda de nuevas maneras de contar historias. Las entrevistas, por ejemplo, fueron hechas siguiendo la técnica del periodismo gonzo, o del arte de vivir las experiencias, los lugares y la gente. De este modo y para escuchar las historias sin apuro, fue planificado quedarse en cada pueblo el tiempo necesario para obtener información sobre la sociedad local, retener las sutilezas del discurso y eliminar las barreras de penetración en la vida privada de los entrevistados.

Se trató de huir del lugar común y buscar en la simplicidad de los pueblos y de la gente, un (pre)texto para hacer periodismo cultural. La estación siempre fue el centro físico e emocional de un pueblo. Era usada como punto de encuentro de novios, amigos y curiosos. Era la feria de los que llegaban trayendo alimento, ropa, muebles e herramientas y siempre sirvió de referencia geográfica para los de allí y los de afuera. De allí la gente seguía para los almacenes, bares, hoteles, posadas, etc. Te invito así a recorrer cada una de esas 'estaciones culturales' probando un poco el hibridismo de sensaciones de cada historia que, difícilmente, aparecerá en los grandes diarios.

# Villa Pardo



Foto: Juan Manuel Damperat

Elegido por la propuesta de turismo rural-ecológico.

El micro acelera y el escenario que me rodea se reduce a un puñado de camiones, autos y el asfalto monótono de la ruta. Atrás quedó la silueta de la Capital Federal, sus gigantografías y edificios. Ahora, el campo, lo abarca todo.

Será el poco confort que ofrece el servicio semi cama, o que a través de las ventanillas sólo veo las mismas figuras una y otra vez, o el movimiento que el viento provoca en el micro, lo cierto es que el viaje resulta largo, tedioso: interminable. Cuando por fin parece que el chofer toma un camino distinto y que en el horizonte se avistarán otros paisajes, un par de maniobras después sigo inmersa en la misma y aburrida ruta.

Con la mirada fija en el horizonte, como en un oasis, distingo un puñado de letras dispersas, difíciles de identificar. Lo que consigo divisar es una palabra construida en mampostería con la R destacada en un tono azul más oscuro que el color del cielo, erguido sobre un monte de tierra con una cruz atrás que dice: Salva tu alma!

Estoy en Villa Pardo, son las doce del mediodía y el silencio y el vacío devuelve una escena desoladora: no hay personas a la vista, tampoco coches, ni comercios abiertos, sólo el sonido de las hojas que se balancean en los árboles.

Presos de un pasado que se detuvo cuando el tren dejó de pasar en 1975, los habitantes de Pardo parecen destinados a vivir en la isla de *La invención de Morel*, (novela del escritor Adolfo Bioy Casares [AC1]), o del campo, gracias al proyecto Naturalmente Flores, ideado para rescatar su historia y consolidar el turismo rural a través de iniciativas que beneficien los pequeños productores.

Pardo se encuentra a 214 km de Buenos Aires, a cinco horas de ómnibus y a una distancia inconmensurable de la modernidad y de los grandes centros. Es la ciudad natal de Adolfo Bioy Casares, quien fue criado en una casa de campo donde vivieron sus padres y abuelos.

La Villa hoy sobrevive gracias a la producción agropecuaria y a la única fábrica textil del municipio.

Alguna vez el escritor definió su pueblo “como el mejor lugar del mundo”; hoy, puede entenderse como un ejemplo de la resistencia al éxodo. Históricamente fue elegida por generaciones de amantes de la vida en el campo que vivían en Buenos Aires o Las Flores, ciudad cabecera del partido. Los escasos 159 habitantes de Pardo, también encontraron en la literatura otra manera de subsistir.

Afuera de la terminal, que también funciona como almacén de ramos generales y punto de chismerío del pueblo los días de semana, la única persona que aparece es un tipo de unos 30 años, alto, de aspecto hippie que mira cómo el micro estaciona, como adueñándose del espacio, un vehículo de doble piso que parece un gigante moderno al lado de las pocas construcciones, las calles de tierra y el asfalto mal acabado, como si fuera un ave grande posando sobre un nido de pajaritos.

Haciendo equilibrio con mis bultos, bajo del micro y me envuelve un silencio profundo; el tipo que miraba se acerca y Me saluda con un portugués como aprendido gracias al vaivén de la vida. Luego levanta una de mis bolsas con esa tranquilidad propia de la gente campo.

— Tudo bem? Sou Juan Manuel, me dice en portugués.

Lo saludo, y me río, mezcla de desesperación por no saber quién es y de agradecimiento por haberme saludado en mi lengua natal.

Juan Manuel está al frente de Yamay, un proyecto sustentable que recibió la mayor cantidad de turistas en los últimos tiempos de Las Flores – sólo de estudiantes de cursos dictados por el Planetario, de Buenos Aires, fueron unos treinta visitantes. El primer contacto lo habíamos hecho por mail y whatsapp, me sorprendió que, no solo él, por lo menos unas cuatro personas más del pueblo hablaban mi idioma. Cuando al fin nos conocimos, me contó, en ese vivió en Brasilia junto a su tío que lo llevó a aprender esa lengua que de tan rara, según él, es muy loca.

Después de intercambiarnos frases en portugués y español, ingresamos al Almacén de Don Amaro, uno de los primeros comercios del lugar donde persisten las historias del tiempo que Borges y Bioy caminaban por Pardo. Su octogenario dueño, se enorgullece al decir que le sirvió un café a Borges.

— Sí, él y Adolfito siempre pasaban por acá. Decían que eran mujeriegos, entraban, tomaban un café, charlábamos un poco del tiempo y de algunas tonterías, y luego se iban. Tomaban mucho, eso sí, pero quién no.

Amaro abre el cajón de madera que tiene detrás de la barra y me muestra algunas fotografías.

- Las dejo acá porque siempre viene alguien preguntarme de Adolfito, dice mientras muestra una foto en blanco y negro donde se ve la familia Casares posando en la estación.

Mi visita a lo de Amaro es breve, aunque fue una parada obligada debido a la importancia que tiene él para el pueblo, se lo digo, además de mencionarle mi gusto por haberlo



conocido. Presiento que le gusta sentirse importante, tan pronto se lo vuelvo a repetir, me sonrío, como un abuelo tierno que se entusiasma y rompe con la monotonía del lugar.

— Yo vivo acá al fondo con mi señora, vení cuando quieras, me dice apurado.

Le respondo que tal vez, a la vuelta, antes de irme, lo pase a saludar. Pregunta además si tomaré el micro de las 12 hs, casi sin esperar mi respuesta agrega:

— Hace mucho no viajo en micro, acá viajábamos en el tren, ¿viste? Pero nos abandonó. Así que seguimos acá, nena, esperando a que vuelva, dice y devuelve una sonrisa mezcla de ironía y resignación.

Antes de cerrar la puerta, le pregunto por Matías Crosta y su panadería, local que reconstruyó en homenaje a su abuelo, uno de los fundadores del lugar. Dicen que el horno de barro, de un siglo de antigüedad, producía el mejor pan dulce del pueblo.

— No, Matías, también se fue, me dice. Hace unos tres meses que la panadería está cerrada, no había tantas encomiendas, parece; pero seguro algún día la vuelve a abrir; parece que se fue de viaje, no sé, me dice Amaro, sin darle mucha importancia al tema.

Miro a Juan Manuel y me río, capaz sorprendida, imaginando la dificultad de Graciela Gallo, la coordinadora del proyecto Naturalmente Flores, para refundar el pueblo en pos del turismo. ¿Cuáles serán los atractivos? ¿Habrán restaurantes con cocina de autor? ¿La historia de Bioy Casares es lo suficientemente emocionante para convocar cientos de turistas? ¿Ya en el pueblo, comprenderán ese otro tiempo que sugiere Villa Pardo, totalmente opuesto a la vida de las grandes ciudades?

Recuerdo un pasaje del libro del periodista polaco Richard Kapuscinski en su viaje a África donde dice que en ciertos lugares el tiempo es medido de otra manera, la gente se asusta o lo venera, como muchos que pasaron y quedaron allí.

Ni bien se aproxima el tren carguero, como un fantasma de otra época, me dispara esta reflexión: ¿Cambiaría mucho la vida social si volviera a pasar el tren? ¿O será que las personas añoran los tiempos de juventud, donde ver o viajar en tren era sinónimo de prosperidad? Antiguamente el tren podía entenderse como un vínculo con el mundo, pero hoy Internet, los autos, la televisión parecen los referentes del progreso.

Mientras en Villa Pardo todavía esperan el micro a metros del almacén de Clarita que, siempre impuntual, transporta a quien quiera hacer compras al centro de Las Flores.

El Almacén de Clarita es el segundo almacén del pueblo. Ubicado detrás de la estación de tren, la dueña, de unos ochenta años, es quien comenzó a abastecer a los habitantes de Villa

Pardo cuando el tren dejó de funcionar. Lo de Clarita es un galpón-casa donde uno puede encontrar un poquito de todo: especias en vidrios de mayonesa y caramelos, longanizas que cuelgan desde el techo, paquetes industriales de fideos, puré de tomate, aceites y diversos alimentos del campo empaquetados al por mayor.

La modernidad fue llegando a cuentagotas, lo que antes era envasado en vidrio y bolsas plásticas sin protección, fue paulatinamente empaquetado como los productos que se venden en cualquier barrio de Capital. Los precios no figuran en los productos y tampoco dan ticket de compra. Las cuentas, como antaño, son hechas en papel de pan, y sumadas al viejo estilo enumerando los ítems que compramos: 400 gramos de queso y jamón, un Levite de pomelo, 1 kg de banana, 1 kg de naranja y 1 kg de pan.

Clarita lleva puesto un delantal blanco de encaje y colgados sobre su pecho un par de lentes. La música de la radio le hace compañía en un volumen mucho más bajo que el del extractor. El almacén también es su casa, lo sé porque la puerta deja el suficiente resquicio para descubrir una habitación. Pero lo que no sabré si vive sola, si es soltera o viuda, cuántos hijos tiene (si tiene). ¿Alguna vez habrá salido del pueblo? ¿Cuáles son sus actividades cuando el almacén cierra?

Miro la antigua caja registradora que yace al costado del mostrador y juzgando su aspecto, parece funcionar. Le pregunto por qué no la utiliza y me responde que es para no dejar de usar la cabeza; y sin mirarnos, trata de hacer la cuenta lo más rápido que puede, aunque las manos le sigan temblando con el mover de la lapicera. Nos dispara:  
— \$170 pesitos por todo, chicos, ¿algo más?

Cargados de comida y con sed de historia, Juan Manuel mueve sus manos y cabeza, y señala el pueblo. Allá donde la vista alcanza, me dice, está el hotel Casa Bioy y también pizzería los fines de semana, sólo funciona cuando Daniel Juárez, el encargado, no tiene que ir a visitar la madre o algún familiar a otra provincia, lo que, infelizmente, sucede este fin de semana. A metros, la estación de tren, y también Municipalidad y Correo en los días de semana. Por detrás se encuentra la placita de uso tecnológico, donde debería funcionar el wifi libre, como anuncia un cartel. A unos pocos metros, los infaltables edificios: la iglesia, la escuela y la comisaría. Es todo. En estos escasos puntos turísticos se esconden los hogares de aquellas personas que no quisieron irse con el último tren que pasó por el pueblo y también las que decidieron regresar para construir sus vidas en mayor tranquilidad teniendo como base sus historias personales: recuerdos, familiares, amores.

Siento una especie de calma mientras mi guía turístico sale por unos segundos, hace una llamada y luego vuelve.

— A veces la señal falla, por eso me fui para allá. Estaba llamando a la delegada a ver si puedo buscar las llaves para que conozcas el museo.

Da unos pasos y vuelve con las llaves en la mano.

— Tudo aqui funciona assim, muito louco, né?! Me dice en portugués.

Vamos al museo a paso lento que no es otra cosa que una vieja estación de tren, descuidada, con ladrillos a vista y una fachada años 50'. Lejos de la lograda estética que auguran los relatos sobre el lugar. Las puertas, desgastadas, abren camino a un amontonado de objetos viejos, sucios e inservibles; algunos papeles y libros fueron comidos en los bordes por el tiempo o algún insecto voraz. En el museo hay olor a tiempo que se traduce a naftalina. Las paredes adornadas de manuscritos y a un costado se divisa lo que consiguieron rescatar de la historia de Bioy Casares: libros donados por familiares y amigos- ejemplares inéditos desordenados que acumulan polvo y telarañas. En otro sector, fotografías y actas de reuniones firmadas por Bioy y Borges. Una corbata dentro de una vasija cuyo vidrio empañado hace imperceptible la leyenda: "usada en la boda con Silvina Ocampo". Completan la pequeña sala del museo, una máquina para trabajar el campo, de unos 150 kg que entorpece al visitante pero que tiene su fundamento:

— Parece todo muy confuso pero hoy el museo está con los temas del campo, será dividido por intereses públicos: de un lado la sala Bioy del otro, el campo, se apura Juan Manuel en decirme, cuando nota que trato de entender la falta de lógica de los espacios.

Ingresamos a otra sala atestada de objetos: máquinas de escribir, calculadoras y cámaras fotográficas; folletos ilustrativos del lugar; fotografía de pobladores. En la sala de al lado, una mesa divide espacio con una biblioteca, muebles antiguos y sin vida.

— Acá es la Delegación y el Correo del Pueblo. La delegada va dos veces por semana a Flores – ciudad cabecera del partido –, para traer las correspondencias. No le llega mucho, pero ella trata de repartir lo más rápido que puede, explica mi guía turístico.

Abandonamos la sala para dar con el andén, donde por muchos años la gente de Villa Pardo esperó tantas veces el tren. Contemplo las vías y me pierdo en el cartel que dice "sala de señora y boletería", se erigen intactos, pertenecen a ese tiempo dorado de ferrocarriles y prosperidad.

Me siento en el banco de la estación mientras divago sobre Villa Pardo, su poca autonomía – hasta para recibir correspondencia depende de los esfuerzos de otros – y las preguntas me invaden ¿Cuán complejo resulta subsistir acá y cuán accesible es exiliarse de este pueblo? El eco de unos ladridos me quitan del trance, más no dejo de pensar en los casi 180 habitantes cuyas rutinas parece ser todo lo que necesitan para vivir y ser felices.

Si alguna vez el tren dejó a Villa Pardo echado a su suerte, hoy sucede un fenómeno opuesto, no son escasos los sitios de internet con referencias al supuesto “mejor lugar del mundo”, esta visibilidad le da al pueblo un nuevo y merecido lugar de preponderancia.

Sucedió en la estancia Rincón Viejo, ubicada sobre la Ruta 3, a pocos kilómetros del ingreso a Pardo, donde Adolfo Bioy Casares vivió, por iniciativa propia, lo que según expertos fue el exilio más productivo de su carrera, tiempo que coincide con la producción de su novela más exitosa, “La invención de Morel”, que, según los habitantes del lugar e investigadores literarios, dio origen a la famosa serie “Lost”.

Los más viejos del Pardo afirman que acá Bioy Casares aprendió el oficio de escribir, leyó cuanto libro cayó en sus manos, siempre influenciado por las enseñanzas de la naturaleza y su gente.

Adolfo Bioy Casares le dio a su pueblo la chance de reinventarse a través del impacto de su literatura que consagró a Pardo el Pueblo Turístico número 23, suficiente atractivo para que curiosos y amantes de la literatura lleguen ávidos de recorrer sus callecitas de tierra. Una vez aquí, resulta entrañable Pardo, tal vez su hospitalidad resumida en un puñado de historias que el tren nunca será capaz de llevar tiene mucho que ver en este nuevo amor por Pardo.

La estación recibe a diario el típico prototipo de habitante de Pardo: señores con nietos e hijos vestidos iguales: bota, camisa de cuadros, jeans y boina; mujeres en autos embarrados con hijos, dos, tres, cuatro; una pareja en moto; dos en bici. Todos se saludan, algunos entran a saludar a Clarita, otros se quedan charlando. Aparece la delegada y el ex delegado, se saludan, me saludan. Salen con bolsas llenas de mercadería, algunos con un ticket de viaje en las manos, otros con un paquete de yerba; no tienen apuro, no se quejan, para ellos no existe el apuro. Les pregunto a un par de niños sentados en el banco de afuera, qué tal les va en la escuela, pero no se despegan del celular para contestarme. La mamá los reta.

— Apagá ese teléfono y contestá a la chica.

— Esperá mamá, estoy resolviendo un tema serio.

— Todo para esos chicos es serio, ¿viste? Me dice la señora.

La niña mira a Juan Manuel y le pregunta cuándo va a la escuela. La contesta que todavía no sabe, pero seguramente en la semana, y me dice que les da talleres de artesanías y cultivo. Vuelven a sus celulares y nos subimos al auto: un jeep antiguo de color verde que pide urgente un servicio mecánico: para ingresar tengo que saltar al asiento del conductor, la ventanilla no cierra, el motor se pone en marcha sólo si se dan dos vueltas en la llave mientras se realiza un contacto con unos cables debajo del volante. Juan Manuel sabe que el vehículo tiene pocos kilómetros de vida, pero no le importa:

— Si se apaga otra vez, voy caminando, ¿cierto? ¿Qué va a hacer?

Nos reímos y seguimos viaje.

### ***Yamay – donde sentirse bien es la máxima de la casa***

La historia de Yamay, proyecto bio-sustentable, comenzó en 2013, diez años después de la reconversión de la estación de tren en museo y biblioteca. El andén, antes usado para esperar el principal medio de transporte del lugar, es hoy colonia de vacaciones de fotógrafos y admiradores de la vida del campo.

La sala de señoras, nombrada por el cartel de mampostería, está ocupada por máquinas de campo antiguas y pesadas. Y las vías que antes llevaban a la gente a los grandes centros, lleva hoy a la chacra de Yamay, un lugarcito peculiar alejado del pueblo.

Villa Pardo, además del peso de la literatura, es para muchos: Yamay, el proyecto que une la permacultura, sistema agrícola, político y social focalizado en la naturaleza y la vida en comunidad de los que se hospedan en el lugar y lo que viven: Juan Manuel y toda la fauna y flora local, con el propósito de sentirse bien. No posee luz eléctrica ni ducha con agua caliente. El agua se retira a través del girar de un molino y la comida, de su propia tierra. El lugar, ubicado en la intersección de dos caminos, posee el cielo más limpio e iluminado de la provincia. Ese cielo que al anochecer pintaba de estrellas los primeros recuerdos de Bioy y que hoy es el tesoro del planetario, donde a cada año, en la luna llena de octubre, se realiza experimentos de campo con un grupo de estudiantes.

El lugar es muy parecido a cualquier idea de campo que tengo en la memoria, incluso por la cantidad de mosquitos que invaden todos los espacios en este principio de otoño. Alrededor de mi cuerpo vienen de a decenas. Pasan a través de las sábanas con la facilidad de una

aguja y solo me doy cuenta de la cantidad de picaduras cuando me voy a duchar. En la entrada de la carpa, por ejemplo, una nube negra cubre todo el plástico de adelante. Las tardes de calor son tolerables por la brisa del atardecer y el lugar, tan común, recibe una atención especial, por el silencio, por la vida sin tantos aparatos tecnológicos o por la irremediable sensación de paz.

El terreno triangular del lugar envuelve a los huéspedes en una atmósfera mística, impensado cuando compraron la tierra. La casita donde Juan Manuel recibe a los visitantes fue construida con barro y tiene dos habitaciones, una cocina y una micro sala que funciona de entrada. Los baños fueron pensados para recibir a los turistas y se encuentran en un quincho, también de barro, construido en las afueras de la casa principal. Alrededor, el paisaje se mimetiza al de una isla, rodeado por árboles y calles de tierra, este ecosistema lo completan un canal y un puente.

En la entrada, una tela violeta, colgada en la rama de un árbol centenario, se sacude por la brisa, en el interior, Juan Manuel busca el potecito de su producción de miel para mostrarme, mientras prepara con cuidado el mate de hierbas de la tierra. Me cuenta que fue en ese recóndito lugar que descubrió, por casualidad, el gusto mágico que le da el coco en el mate. Piensa con los ojos cerrados, mientras acomoda la bombilla.

— Como quería que probaras con coco, pero infelizmente no hay acá. Toma el primer mate, se sienta, cuidadoso, en la silla, abre el ventanal a la altura de nuestros hombros y contempla, con verdadera devoción, el pasto y los árboles frutales, y pestañea despacito como dándole gracias a Dios, en silencio, por toda esa paz.

— Acá no tengo timbre, no tengo miedo, no tengo a nadie. Tengo a los pájaros que me avisan de la llegada de alguien, el agua y la comida que me da la Tierra. A veces cuando necesito conectarme con el mundo cargo mi compu en la ciudad y veo una peli o miro el Facebook cuando no me falla la señal.

— ¿No es peligroso estar acá solo? Le pregunto curiosa.

— Una sola vez entraron a robar la máquina de cortar pasto, descubrí quien era el tipo y hasta hoy el me la está pagando. Si no viene traer la plata, yo voy hasta su casa a cobrarle.

Sonrío, trato de seguir el mate mientras comemos apurados el pan con fiambre y nos damos cuenta de que el día ya se fue. Le pregunto por un enchufe para cargar el teléfono y me sonrío admitiendo que no existe tal cosa. Como me voy a quedar en el fin de semana, insiste para que me duche y arme la carpa para que no lo tenga que hacer cuando oscurezca. Me ducho en el agua fría con gusto a barro y me abrigo con un suéter finito. En la entrada de la chacra,

Juan me hace señas para que lo acompañe. Ya no está solo. Una pareja de amigos había llegado mientras me duchaba, se quedarán esta noche. Nos vamos en procesión hasta el puente que está a poco más de cien metros de la casa. Durante el camino, Juan me cuenta que el proyecto fue pensado por Marcelo, que vive en Capital con su esposa, para que sirva de hospedaje rural a turistas, y como necesitaban de una persona de confianza, le encargó a él la misión de recibir a los visitantes.

— Es un trabajo, lo recibo por él y lo hago por amor. Yo vivía con mi abuela, cuidándola hasta que se fue, y nunca tuve que hacerme cargo de nada en la vida y eso es bueno para que uno crezca. Acá tengo las responsabilidades de una casa cualquiera, y cuando viene gente, peor todavía, tengo que prepararles la comida, cortar la leña para los baños y arreglar todo. A parte vos viste las colmenas, esas esclavitas me dan mucho trabajo, tengo que estar todo el día chequeando y sacándole la miel que producen.

Yamay todos los días a las seis de la tarde sufre una interrupción de su tranquilidad que Juan lo interpreta como una compañía, una señal de que todo sigue bien. En ese horario un ruido intenso y constante del tren carguero corta la paz del lugar. Lo que era silencio pasa a ser aventura. Los pájaros en bandada guían el atardecer por un sendero de color naranja y amarillo, este espectáculo natural bien podría emocionar a cualquier apático.

Juan aparece con una cámara que un amigo le trajo de Estados Unidos y mientras todos contemplamos la obra de la naturaleza, le saca algunas fotos a la puesta del sol. Cuando todo termina, volvemos a la casa. Ya no hay luz. Tratamos de encender lo más rápido posible las velas, aquellas que en la ciudad sólo nos sirven cuando se corta la luz aquí es un recurso esencial para la subsistencia. Nos presentamos entre todos y paramos a escuchar la sinfonía de los grillos que llega a todos los rincones de la casa. Buscamos un vino en la alacena, mientras charlamos de la locura que es volver a adaptarse sin las comodidades del mundo moderno.

La resistencia, entendida como contra éxodo, trajo de vuelta a estos pagos a mucha gente como Juan Manuel, que hace cuatro años se dedica al contacto con la naturaleza. Mientras charlamos del tema, una abeja irrumpe y me pica intensamente el dedo índice. Sin verla bien, por la falta de luz, la agarro con un movimiento involuntario y me deshago de ella. Mi dedo comienza a tomar temperatura mientras un dolor atraviesa todas las venas de la mano. Comienzo a desesperar, mientras los observadores me piden que respire hondo. Con la serenidad de un sabio, Juan me mira y dice:

— No te preocupes, eso no te va matar, mucha gente usa la picadura de abeja para curarse.

Nos reímos y me doy cuenta cuán grande es su amor por lo que lo rodea y cómo la vida campestre le dio esa tranquilidad para manipular cualquier situación de tensión.

“Conocer el dolor y la dulzura de saber quién sos”, dice la letra en portugués de la canción Tocando em Frente, de Almir Sater, mientras pienso sobre la curiosidad de haber probado la miel y el dolor de la misma abeja.

Su amigo se levanta para cerrar el ventanal y observa asustado las telarañas gigantes ubicadas abajo.

— Pipe, ¿viste esas arañas acá? Son gigantes, le pregunta a Juan Manuel.

— Sí, no pasa nada, están construyendo algo lindo parece.

El amigo baja de prisa el ventanal y nos mira aturdido como buscando huir de este lugar; mientras, Juan Manuel prende otra vela y nos trae la sopa, hecha de manera expresa en una cocina chiquita conectada a una garrafa.

Es el fin del día, atrás quedó la cena, entre latas de tomate y choclo desperdigadas por el lugar, es el turno de Juan Manuel y su computadora, veremos una película, la pantalla de que nos alumbrará será lo único que nos conecte con el mundo y la era tecnológica.

Planeta Libre (La Belle Verte, en francés) es una película del año 1996 sobre el despertar de la conciencia y la reflexión sobre las alternativas de vivir y desconectarse del mundo. Algo similar me llevó de Pardo, donde reflexioné más de una vez, en una improvisada cocina, a la luz de las velas, si lo que experimenté esos días es la reencarnación de la famosa alegoría de la caverna, de Platón, llevándonos a repensar que la realidad corresponde a un tipo de conocimiento apropiado y que la realidad para mí, nunca será la misma que para ellos, los habitantes de Pardo.

---

[AC1]Película de 1996, dirigida por Coline Serreau, que trata de imaginar la Tierra como un espacio paralelo donde los seres pueden comunicarse por telepatía y teletransportarse a ciertos lugares a fin de conocer una civilización antes desconocida.



# Patricios



Foto: Adriana Souza

**Elegido por la influencia artístico-social**

Las nubes que corren parecen anunciar una tregua al mal tiempo que dejó cientos de charcos en la arcillosa tierra roja. Mabel, pediatra y creadora del teatro comunitario del pueblo de Patricios, conduce una furgoneta con destreza, esquiva pozos y su mirada se pierde en el apacible horizonte con la seguridad de quien conoce palmo a palmo la zona. No hay siquiera un cartel que dé la bienvenida al pueblo: En *Patricios se filmó Yo Soy tú Aventura*. Caigo en el lugar común de sospechar que se trata de una ciudad cinéfila, pero lo cierto es que aquí hubo una historia de lucha y resistencia de un pueblo que perdió su medio de transporte y supo transformar esas desdichas en obras de teatro. “Bienvenida a Patricios, el pueblo-actor”, me dice Mabel.

Patricios se encuentra a 240 km de Capital Federal y fue fundado el 17 de marzo de 1907 cuando La Compañía General de Ferrocarriles en la Provincia de Buenos Aires, de trocha angosta, inauguró el ramal General Villegas donde era estación cabecera. Así, se iniciaba la historia de una ciudad ferroviaria que abrazó el tren como emblema fundador y sufrió su posterior decadencia.

Hay pocas sensaciones tan intensas como entrevistar a un actor que vivió su propia obra, aunque nunca la haya exhibido en el escenario. Apenas piso Patricios veo una casa que parece darme la bienvenida, es el hogar de Raúl Alberca, que de trenes y vida sabe bastante: fue maquinista y “ex-siempre ferroviario”, dice, vestido dentro de un suéter azul oscuro donde lleva enganchado sobre el lado izquierdo del pecho un broche de la bandera argentina. Lleva una boina de cuadros que combina con sus pantalones y alpargatas. Este gaucho ferroviario aparenta tener mucho menos que los 96 años que datan en su registro de nacimiento. Mientras busca en sus cajones los certificados, fotografías y actas de todo lo que me va contando, prende la pava eléctrica para calentar el agua del mate.

— En casa de gaucho moderno, la pava es eléctrica, le dice Mabel.

Por las paredes del antiguo caserío de principios de siglo XX aparecen fotografías suyas, de su familia y de autoridades importantes que pasaron por el pueblo, cual *collage* de sus recuerdos. Arriba de los armarios están los títulos, certificados, recortes de periódico y revistas que cuentan la historia del tren de Patricio o del ramal General Belgrano donde trabajaban. Pegados en las puertas están los carteles con detalles del ferrocarril, la maquinaria y datos curiosos de su fabricación o funcionamiento. De un lado de la mesa dos cuadros del Papa Francisco y una imagen de la Virgen de Luján, completan el tándem religioso, una imagen del Gauchito Gil.

La casa fue construida en 1917, cuando el ferrocarril en Patricios era esa novedad que ya llevaba diez años de servicio. Raúl honra esa época dorada de rieles y estaciones, por eso recibe a extraños y los cobija en su casa – mate y galletitas de por medio – con la excusa de contarles cómo era trabajar en la estación, cómo era vivir por y para el ferrocarril.

Raúl fue por más de treinta años un *motorman*, tiempo suficiente para que en su mente se atesoren fechas y anécdotas siempre a la orden del día para quien quiera saber más:

— Primero fui foguista y después de seis meses de estudio, rendí un examen y puede ser maquinista. Me jubilé el 9 de agosto de 1976, al año siguiente, el tren dejó de funcionar.

Don Raúl es de una familia numerosa, cuyos parientes viven en Buenos Aires, Mar del Plata, Rosario y Lanús; aunque haya quedado solo en este aparente pueblo fantasma, nunca se le ocurrió salir de allí. “Ni siquiera cuando mi mujer se fue en 2004. Nunca quise dejar el pueblo, mi vida está toda acá”, agrega con una sonrisa algo triste.

El ex-ferroviario dice que en la época del ferrocarril había mucho movimiento en Patricios, distinto de lo que se ve hoy por las calles desiertas. Por entonces, el tren nocturno pasaba dos veces por semana.

— En esos años llegaban coches con quinientos personas más o menos; en esos tiempos hice muchos amigos y hasta sabía dónde paraban. Si querés te digo todas las estaciones, porque nunca se les olvida, creo que es la vocación de cada uno, suspira Raúl, nostálgico.

Mientras tomo el mate, busca en los cajones del armario papeles de todos los colores. Hojas que marcan decisiones importantes del municipio, folletos, expedientes. En uno, firmado por un gobernante, dice que él colaboró con la instalación de la luz eléctrica al lugar; en otro, el expediente del asfalto tan suplicado por sus pobladores.

Don Raúl me comenta que la gente siempre lo va a buscar cuando quiere saber historias del pueblo o chequear documentos antiguos y que antes salía con las personas para mostrar las construcciones, la estación, el museo -del cual es director y lleva su nombre- más ahora no lo hace más y, cuando intenta explicarme el por qué, de sus mejillas asoman lágrimas, me dice que le disgusta ver el abandono del pueblo.

— Tampoco voy a la estación porque vienen esos actores y directores y cambian todas las cosas de lugar. Me da mucha bronca, porque yo les dije que las usaran pero que no movieran nada de lugar y cuando llego allá, está todo desordenado, me dice con cara de desaprobación.

La disciplina y el orden que predominan en el depósito y en su casa, son herencia del servicio militar que hizo de joven y de un jefe que el transmitió esa disciplina inquebrantable.

— Yo era el encargado del lugar y él siempre me decía que no existía depósito más organizado que el que yo cuidaba.

Don Raúl vivió toda su vida con el tren como estandarte. Su papá y su suegro fueron maquinistas. Siente por el ferrocarril un amor casi paternal. Entre los episodios más célebres que recuerda está el haber pintado la vieja estación con la ayuda de su nieto, la misma que aparece entre sus papeles, fotografías y títulos que lleva guardados cual tesoros de valor incalculable. Nunca quiso ser nada más en la vida que maquinista. Es su orgullo, su fortaleza, su debilidad emotiva y su vocación. De los vecinos más antiguos es el único que no participa del teatro comunitario que se lleva a cabo en el pueblo, tal vez porque, paradójicamente, sea su propia vida la que se materializa en la imponente estación del pueblo.

Me corta el mate, saluda a Mabel, me dice que estaba enojado con ella porque hace poco pasó en auto y no lo saludó, abraza fuerte y me dice que vuelva, siempre y cuando necesite, y que otro día me lleva a conocer la estación como turista.

La luz del sol nos intercede en la despedida y cae lenta sobre la llanura pampeana, enaltecendo los gajos desnudos de los árboles que circundan el pueblo, quedamos sólo nosotras y la noche. Fría, vacía.

### ***El teatro comunitario y la resurrección del pueblo***

Mabel cuenta, mientras el coche abre camino entre el barro, que el pueblo fue siempre poco habitado, desolado, desde el tiempo que era pediatra y venía a realizar sus primeros pasos como médica.

Conoció el pueblo cuando realizaba prácticas en un hospital de la ciudad de 9 de julio – a 27 km de Patricios:

— Me desesperaba ver a las mamás que venían buscar leche en polvo y la cantidad de vacas que había alrededor, no lo podría entender. Empecé a crear con ellas una especie de huerta, donde todas tenían acceso y, a partir de eso, dar instructivos de cómo utilizar la leche y otras cosas que les daba el propio pueblo.

Y fue con ese espíritu voluntario que Mabel y su amiga, Alejandra, directora de teatro, vinieron del encuentro de teatro comunitario en La Plata, con una idea revolucionaria: proponerles a estos pobladores que guionen e integren ellos mismos su propia obra. Todo comenzó en un

club del trueque, aquella estrategia que surgió para hacerle frente a la crisis de 2001, donde los vecinos intercambiaban entre sí objetos y servicios; Mabel y Alejandra acercaron su idea del teatro y no fueron pocas las mujeres que vieron con buenos ojos la propuesta: a medida que fue corriéndose la voz, la cantidad de interesados se incrementó, tanto que las precursoras del proyecto decidieron invitar a Ademar Bianchi, pionero del teatro comunitario en Argentina.

Las primeras cincuenta personas anotadas fueron sólo hijos, nietos, mujeres y madres de ferroviarios quienes, a partir de ese día, se convertirían también en actores, y actrices, iniciando un camino inédito para el pueblo. Ya era evidente que el tema central sería el ferrocarril:

— Los niños sabían tanto de la historia del ferrocarril como si hubieran vivido ellos propios aquellos tiempos, y eso nos sirvió para producir más, dice Mabel.

A partir de cierto material que los actores lograron recabar, la médica escribió las canciones, en clave de poesía, que serían usadas en la obra. Las letras contaban la llegada de cuatro grupos de inmigrantes: franceses, italianos, gallegos y criollos. La gente hizo lo suyo; por ejemplo, el vestuario era la misma ropa que tenían guardadas en sus casas. Los ensayos se sucedieron sin cesar y abarcaron semanas seguidas: El estreno coincidió con el aniversario de la fundación del pueblo y fue un éxito total. El evento se anunció por las radios, periódicos locales, internet y vinieron ex-residentes, familiares, amigos. Muchas de las escenas fueron improvisadas, el guion parecía provenir de la propia memoria de los actores; el público, más de setecientas personas que se encontraban en el edificio de la antigua estación, no pudo hacer más que llorar y aplaudir parados. Patricios renacía, “Unidos y de Pie”, haciendo honor al nombre que los consagraría entre los grupos de teatro comunitario.

El éxito de aquella presentación garantizó que la obra permaneciera por más de cinco años en cartel. En 2003 surgió el emprendimiento D y D, (*Dormir y Desayunar*), que consiste en ofrecer hospedaje a los visitantes que llegan al pueblo sin la burocracia de los establecimientos comerciales. Fue ideado por los mismos actores que, además, ofrecieron. Ese ingreso económico compensa la ausencia de ganancia por el trabajo actoral pues en el teatro comunitario no se cobra entrada, todo se hace a la gorra o con la mínima ayuda del municipio y de las rifas que se hacen para recaudar fondos.

— Con el entusiasmo de ellos, pudimos hacer otras cuatro obras. La segunda se llama “Luchas” y trata del problema que tuvieron con las inundaciones y otros episodios dramáticos. La tercera es sobre las anécdotas de los clubes y la adversidad de los equipos de fútbol del

pueblo; y la cuarta obra trata de los candidatos que usan el mismo discurso hace cincuenta años para prometer las cosas,-enumera y detalla, Bicho, como a Mabel le gusta que la llamen.

Haydee y Nilda, son hermanas y participaron de todas las obras. Ambas son viudas y vecinas, se llevan cinco años y físicamente no son parecidas. Me cuentan que cuando pasaba el tren, el pueblo era una fiesta, que siempre iban juntas a ver quién llegaba y quién se iba, propio de las chicas de la época que aprovechaban el supuesto evento para coquetear en la estación. También se animan a dar datos demográficos del pueblo:

— En esa época Patricios tenía más o menos unas seis mil personas y se dividía en ocho cuadras de largo y ocho de ancho. Era muy común que dos familias vivieran en la misma casa, me cuenta, Haydee.

Parecen hablar de un país ni parecido al de estos tiempos, el sueldo de un ferrocarril era igual o mayor al de un gerente de banco y no era imposible comprarse una casa. En el pueblo había un cine, dos hoteles, almacenes y hasta una estación de servicio:

— La gente tenía buenas condiciones para disfrutar y mantener la familia, rememoran juntas.

Hoy, tras el cierre del ramal, la gente vive del campo, trabaja en las plantaciones o cuida de los ganados: con todo, el sueldo es proporcionalmente mucho menor a lo que ganaba el empleado más raso del ferrocarril; los servicios públicos tampoco son lo que eran: cuando necesitan un médico, algún profesional tiene que venir desde 9 de julio, ciudad cabecera del partido, o esperar ser atendido en la salita de primeros auxilios por una enfermera del lugar. Las hermanas coinciden que el peor momento del pueblo fue cuando el tren dejó de pasar: el vacío que dejó el tren en el pueblo fue inmenso, mucha gente emigró a lugares lejanos o se jubilaron y abandonaron el lugar.

— Mandaron mucha gente a lugares inhóspitos para que pudieran renunciar, cuenta, Haydee.

Nilda interrumpe el relato, emocionada, cuando le pregunto sobre el último día de servicio del tren. Me dice, entre lágrimas tímidas, que fue muy triste, porque ya sabían que al otro día no iba pasar. Pasaron años deprimentes y sin mucha expectativa de mejoría; el ánimo del pueblo cambió cuando Mabel y Alejandra les propusieron formar el grupo de teatro comunitario.

— Nosotras fuimos las primeras en anotarnos, me dice Aidé, orgullosa. Antes solo existían los clubes, y eran para los hombres, las mujeres no tenían nada que hacer.

En la primera obra formaron parte cincuenta actores que fueron disminuyendo hasta llegar a los veinte actuales. Algunos fallecieron, otros dejaron de ir, pero los que continuaron, son

perseverantes. Ensayan, al menos, una vez a la semana y ya presentaron obras por varios lugares de Argentina.

— Eso es lo que nos gusta. Conocimos Santiago Del Estero, Córdoba, Río Negro, todo por el teatro y eso es muy bueno, porque si no, no íbamos a conocer esos lugares, me cuenta Nilda.

Haydee, la más charlatana, se entusiasma y cuenta el día que los ferroviarios sintieron miedo. Fue luego de que el tren deje de pasar y en el medio de una huelga que duró más de cuarenta días (y que infelizmente, no consiguieron nada). Se corrió el rumor que militares se [AC1] acercaban al pueblo ocasionando un éxodo repentino de vecinos que se refugiaron en un campo cercano provistos de todo lo que podrían llevar, alimentos, ropas y animales, recuerda en detalles Haydee.

— Quedamos sin hombres en el pueblo. Hasta que no se supo que era mentira, ellos no volvieron, se ríe.

Las hermanas nunca pensaron irse de Patricios, les gusta la tranquilidad y el hecho de saber que están su lugar natal. Hoy día, dan alojamiento y alimentación a los visitantes que vienen para las presentaciones de las obras, el resto de los días aprovechan para tomar mate con amigos, coser y demás tareas domésticas. Aunque no tengan buena señal de teléfono e Internet, en general no tienen de qué quejarse, salvo por el asfalto que reclaman desde hace más de cuarenta años. En relación a lo demás, no se quejan del valor del único micro que les transporta hasta la ciudad cercana más grande, tampoco de sus horarios, de la falta de correo en el pueblo y otros espacios de entretenimiento. Lo único que les sigue doliendo en el alma es el recuerdo del 20 de marzo de 1977.

Aquel día se escuchó la última bocina del tren, recuerdo que las emociona hasta las lágrimas (al igual que a todas las personas que entrevisté). Ambas reflejan una especie de silencio, de dolor tan hondo como la incertidumbre que dejó la partida del tren. No hay habitante de Patricios que no tenga --aunque mínima-- alguna historia ferroviaria, hasta los niños gustan de contar sobre fantasmas que vagan entre los andenes o los más ancianos remiten a la estación para contar sobre espectros. Con todo, Patricios se acostumbró a vivir bajo la impronta del sufrimiento y del desarraigo, y fue con el teatro que recuperó sus fuerzas para renacer, redescubrirse.

El grupo de teatro Patricio, “Unidos de Pie”, parece haber llegado para cicatrizar heridas; los vecinos son espectadores y actores, “Nuestros recuerdos”, fue la obra que los remontó a los tiempos de oro del tren. Ensayaron un par de veces por semana en un galpón que servía de

taller de reparación de vagones; la obras son representadas en las mismísimas vías y andén. Durante las funciones y los encuentros de teatro, los habitantes fabrican manualidades, artesanías, preparan paseos a caballo y visitas guiadas al museo que desde, 1990, está a cargo de Don Raúl. Allí emergen todo tipo de vivencias como las de Juan, uno de los tantos maquinistas que tuvo que emigrar por fuerza del tren y dejó a Ana, su novia, con la ilusión de volver al pueblo; o la historia sobre el fantasma de una señora que se tiró sobre las vías cuando falleció su marido, ex-ferroviario.

El teatro dio visibilidad a un pueblo destinado al olvido, aunque sería demasiado decir que Patricios renació de sus cenizas. Pero el teatro les dio otra perspectiva, les permitió conocer otros lugares y a personas que habían vivido experiencias parecidas, sitios muy lejanos y aislados de los grandes centros, como las provincias del norte o del sur de Argentina. Así, el teatro comunitario visibiliza a muchos ciudadanos que siguen peleando en silencio por ser vistos, por ser escuchados y porque sus vidas y trayectos ingresen en la historia.

Para salir del pueblo, Mabel tiene que transitar los seis kilómetros de tierra hasta la ruta 5, territorio en disputa desde hace años. El expediente número 4092-308-72 que reclama el asfalto del pueblo empezó a ser tramitado en 1972 y en el 2004 seguía sin ser tratado; esta desidia motivó a los actores a crear una obra ironizando sobre el tiempo de espera dilatada en promesas no cumplidas.

La médica me comenta, mientras conduce, que nunca pensó en abandonarlos, aunque desea que puedan ser más independientes y denunciar por sí solos las injusticias que surjan a diario. Pero la energía de esta joven de 69 años la lleva a no desanimarse ante ninguna tempestad. Sus días transcurren en soledad en una casita de campo, a pocos kilómetros de 9 de julio, que no cierra con llave y funciona como su oficina. Allí hace un poco de todo. Duerme en una bolsa de dormir porque le encanta despertar y ver el campo, y produce sobre un antiguo escritorio de madera, una publicación importante para Patricios: un libro con las historias del pueblo editado por ella misma en esa especie de editorial casera.

Cuando llegamos a su hogar, me dice que me va preparar uno y me pide que elija el color del fondo: — ¿beige o negro? me pregunta. Le contestó negro y ella sigue: — ¿y los bordes? Puede ser rosa, azul, o rojo, me los muestra. La tapa de cartón no la tengo que elegir, ya está lista y fue preparada por los niños de la primaria.



Antes de continuar con la producción me pongo sobre la mesada diez libros de teatro comunitario, cuatro DVDs sobre la historia de Patricios, folletos, fragmentos de las obras y una infinidad de archivos que comparten espacio con sus muebles. Por las paredes abundan los carteles del teatro y recuerdos de Patricio y sobre un estante, un antiguo programa de “Dormir y Desayunar” hecho en una placa de hierro. Desde hace quince años que la medicina pasó a ser algo secundario en la vida de Mabel, para ella sólo existe el teatro y la gente de su pueblo.

Patricios, que en 1977 escuchó su última bocina del tren, revive ahora con fuerza en los ensayos y presentaciones de sus obras. El grupo de teatro comunitario, incursionado por Mabel, se ha transformado en un importante difusor de la realidad local, sirviendo como motor para la actualización de su historia y ayudando, con sus propuestas emprendedoras, a desarrollar la economía local. Hoy día ya hay catorce micros emprendimientos gestados el teatro, lo que da cuenta de su fuerte impacto en la vida de sus pobladores. El pueblo ahora es mucho más que ese mapa colgado en la pared de la médica, es la acción y creación colectiva de gente que lucha unida y de pie, haciendo honor a su nombre artístico.

# Uribelarrea



Foto: Adriana Souza

**Elegido por la gastronomía**

## ***En tierra de mucha abundancia, chimeneas a pleno.***

— Feliz día.

— Feliz día.

Es 25 de mayo, día de la revolución argentina, una señora me saluda y siento una especie de raro orgullo por mi condición de extranjera.

Es mediodía, el otoño se hace sentir por estos caminos acolchonados de hojas marrones y naranjas; de a poco la gente, los autos y el humo que emanan las chimeneas de barro de los caseríos despiden un aroma de comida.

En Uribelarrea, partido bonaerense de Cañuelas, se celebra el 25 de mayo como en la mayoría de los rincones del país: con locro.

Todo comenzó con un par de comerciantes que decidieron crear una picada a base de carne, luego le sumaron la cerveza artesanal. Querían atraer una clientela fiel a un pueblo que nació con la llegada del ferrocarril en 1972.

Hoy la gastronomía es LA protagonista, ya no importa el tren que apenas pasa un par de veces con vagones casi vacíos. Muchos de los que llegamos, vinimos en ómnibus o autos desde la capital, cruzando la ruta 5 y pasando debajo del arco blanco en estilo barroco que lleva al lugar. Al costado, en medio a los árboles, una imagen de la virgen de Luján- que también está en la iglesia local- guía y bendice los viajeros creyentes.

Uribe está nombrada en enormes letras blancas en el techo anaranjado de la vieja estación de tren. Alrededor, dos restaurantes: macedonio, presente en el lugar hace más de 10 años, y el Rancho de Paco, desde los 80-, de fachada austera. En el primero, una pizarra antigua dice que hay locro, en el segundo también, pero en un cartel de papel.

Estoy en un pueblo cuyos restaurantes y almacenes significaron la supervivencia del lugar pues atrajo a cientos de turistas que con el tiempo descubrieron un verdadero polo gastronómico de Buenos Aires. Alguna vez, la leche que consumían los porteños partía desde los tambos en Uribe. Por entonces ser ferroviario o tambero eran los clásicos oficios. El ferroviario, podía trabajar días por medio o irse de comisión lo que significaba trabajar por un periodo en otros ramales. En cambio, la actividad del tambero era más sacrificada: ordeñaban

vacas desde las dos o tres de la mañana, por sueldos magros. No faltaban oportunidades que el regreso a casa eran envueltos de escarcha o barro. Según recuerda Leo, bisnieto de ferroviario:

— Tenían un gran aprecio por los animales y la vida en el campo, lo que de cierta manera, les hacía el trabajo más fácil, comenta orgulloso de sus ancestros.

Uribe está retratado en la pared de la antigua casona, hecho a mano por un pintor local, donde hoy se ubica la posada **Como Entonces**, la única hospedaría del lugar, que cuenta con seis habitaciones equipadas con aire acondicionado, WIFI gratis y tv por cable. La casona fue comprada de la familia de Ana, dueña de una heladería-café de enfrente y mujer de José, quien hace de albañil y ayudante en la posada. Antes era un caserío con los baños anchos y oscuros, las paredes sin pintura; para su restauración respetó su aspecto original, detalles que pueden comprobarse si le echamos un vistazo al techo de ladrillo de barro, sostenido por tirantes de madera originales.

Mariela Vázquez, profesora de Educación Física de Buenos Aires, es propietaria y habitante de Uribe en los fines de semana y fue mi primer contacto en esa ciudad.

— Yo solía venir siempre con mi mamá a almorzar en lo de macedonio y quedarnos en la antigua posada local, cuando nos pintaba salir un poco de la agitación de capital. El tema es que me encariñe y decidí poner un negocio acá.

Con Mariela intercambiamos mails, hablamos del trabajo y de lo que me llevaría hasta el pueblo, me hizo descuento en la reserva, me indicó cómo llegar, planificó con su amiga y socia, Marisa, ir a buscarme a la entrada del pueblo cuando arribe y dejó reservada para mí la habitación número 1. Todo fue a la distancia, como después comprobé que hacían con los demás huéspedes.

Ya en mi habitación, un intenso aroma a rosa invade el ambiente, dudo si proviene de alguna esencia artificial o desde el rosal ubicado alrededor de la pileta. El personal de la casa es muy cálido y amable y se muestra servicial, aunque la atención esté centrada en organizar la sala y sacar todo el polvo de los vinos, cuyas bodegas boutique se exhiben en la biblioteca donde el evento de degustación se celebrará el sábado a la noche.

En la recepción-buffet y sala de descanso, Griselda, Tania, Marisa y José andan de un lado al otro organizándolo todo. Grise, como le llaman, es la empleada más antigua de la posada,

vive a una cuadra de la posada y es la responsable de preparar el café. Se nota su perfil de líder cuando dice:

— José, fíjate la luz de la 7.

— Anita, limpia bien ese vidrio de arriba, eh.

Grise es nativa del lugar, lo conoce como la palma de su mano, aunque cuando le pregunto sobre la cantidad de habitantes no me responde. En cambio dice, mientras observa todo alrededor, que llegaron a pasar dos trenes por Uribe y que a uno le decían chanchito por tener un solo vagón.

— Lo veíamos hacer la curva y mi mamá decía, apúrate que ahí viene el chanchito.

Fueron muy buenos tiempos. Los trenes recorrían Lobos y Cañuelas y solían pasar llenos de pasajeros. A la mañana traía a las maestras y a la tarde-noche llevaban a estudiantes y trabajadores a esas otras ciudades. Actualmente pasa uno solo vacío y su silbido no apasiona ni apura a nadie.

— Hoy por hoy todos tenemos auto o, si tenemos que ir a Capital, vamos en micro que pasa por la ruta principal. El tren nos quedó muy alejado, dice José, el albañil, mientras carga con una escalera chica colgada en el hombro y se dirige para reparar el baño de una de las habitaciones.

A mí alrededor, los vinilos usados como posa platos comparten espacio con muebles antiguos, carteles de películas y libros empolvados. Mariela me cuenta cómo llegó a esta decoración:

— ¿Conoces el galpón de pulgas? Bueno, todo lo que hay de acá fue comprado allí, en remates, en el ejército de salvación, mercado libre. Lo único que mandé hacer fue ese soporte para vinos, porque me salía más barato y fácil de montar.

Mariela tiene pasión por los vinos, entre sus hábitos se encuentra la famosa copita por la noche, su alegría pasa por la organización de degustaciones de vinos de bodegas chicas para inspirar y atraer a la gente.

— Acá casi no hay nada para hacer a la noche, así que una vez al mes, más o menos, trato de armar las degustaciones para que la gente de acá también lo considere un evento importante en su vida.

Las degustaciones incluyen un menú especial pensado y servido en el propio comedor de la posada, que cuenta con una entrada, degustación y postre. Aparte de un descuento diario para los visitantes.

— Tenemos que hacer eso porque de lo contrario no tenemos ganancias. Imagínate que abrimos la posada solo los fines de semana, entonces hay que tener un atractivo aparte.

Grise nos interrumpe la charla:

— Andá a lo de Don Enrique que está acá enfrente que él te va contar bien lo que pasó con Uribe en los últimos años y por qué.

Le hago caso, anoto su nombre en mi libreta y cruzo la calle, paso por la heladería-café de Ana, mujer de José, cerrada a la hora del almuerzo. A pocos metros de la posada me encuentro con La Uribeña, un local de cervecería artesanal culpable de que Uribe -antes conocida como el polo de la leche- congregate cada feriado de octubre, cual pequeña General Belgrano bonaerense, a los amantes de la cerveza.

Es hora, mientras hablo con Don Enrique, de probar el locro, aunque el plato de garbanzo y trozos de carne -muy parecido a nuestra feijoada- no parezca un buen acompañante para la cerveza de miel que Don Enrique me ha recomendado.

— Un locro y una honey Uribe, por favor.

La moza toma nota mientras otras cuatro atienden y anotan, para mi consuelo, el mismo pedido de otras mesas.

La Uribeña fue creada por Enrique Alberto Rey – cincuentón, de aspecto elegante y tono amable – dueño de una fábrica de soda que desde muy joven junto con su padre incursionó en el mundo de la producción de vinos y cerveza en su casa.

Don Enrique llegó al pueblo hace unos diez años, ni bien percibió la dejadez del lugar, decidió invertir, compró la casona abandonada y la reformó para transformarla en una verdadera fábrica de cerveza artesanal. El éxito no se hizo esperar, la clientela respondió de tal manera que tuvo que expandir el restaurante para el otro lado de la calle; en su salón interior y exterior relucen las estatuas de tamaño real de personajes conocidos de Argentina o del mundo de los dibujos que dan la bienvenida a los turistas con un jarro de cerveza en la mano.

— Lo que más se consume es la picada con la cerveza. Nosotros producimos la cerveza y lo que es fiambrería compramos de los propios productores locales. Eso es lo que nos diferencia. Es todo muy casero por acá.

Es el lugar que más se parece a un café al estilo estadounidense con mesas acompañadas de dos sillones en cuyas paredes se descuelgan carteles de películas, recortes de periódico y sobre el techo muchos instrumentos de campo y objetos de época, al buen estilo mercado de pulgas.

— Vos chusmeá y come tranquila. Después, a la tarde pasá y te llevo a conocer la producción de cerveza que consiste en el preparado y el almacenamiento en los barriles.

Después de comer, emprendo la ruta en sentido a la estación, donde se inicia el pueblo a espaldas del colegio Don Bosco, conocido como la primera escuela agropecuaria de Latinoamérica, donde además de ser una institución normal, producen dulce de leche y todo lo relacionado al campo para la subsistencia y turismo.

Uribe se forjó al costado de la vía pero donde no hay trenes hay tierra. Muchas hectáreas de pasto y ovejas componen apaciblemente el paisaje además de una hilera de casas ocupan más o menos diez cuadras que se agrandan al fondo del lado oeste, donde todos los días se pone el sol, bajo a una arboleda que refleja una luz amarillenta; a unos pocos pasos se oye el concierto de camiones que llevan cual souvenir al muñequito Michelin, que asoma feliz como burlándose de la decadencia del ferrocarril.

Este paisaje me transporta a mi infancia: será el olor a la tierra roja recién mojada, el humo negro que sale de la chimenea de un restaurante, el sonido de los perros que ladran al seguirme o el cuidado que debo tener al pisar --no una caca de perro como suele pasar en la Capital-- sino al trozo verde oscuro, húmedo y flojo defecado de los caballos. Me acompaña el verde también vivo del pasto, el cielo celeste y blanco, los pájaros que entonan melodías a los vecinos de las casas con fachadas al estilo años 70'. Ese recorrido que divide lo antiguo -calles de tierra-- y lo moderno --asfalto y autopista--, me transportan a Lo de Tisana - una casa de té que, si nos guiamos por el precio y estilo bien podría dar aspecto de un local en Palermo Soho, a no ser que no sepamos que su dueña lo dejó todo para escaparse de Capital y montar este emprendimiento.

Envuelto en una atmósfera francesa, el lugar, iluminado por el sol del atardecer y el verde del campo, abre todos los fines de semana con una propuesta de descanso a los que deciden huir del movimiento cosmopolita. Las dueñas, una sommelier de té y otra especializada en yerba mate y hierbas medicinales, completan el estilo del lugar donde se escucha jazz y blues mientras charlamos de cuales hebras son mejores para los tés de acuerdo a las estaciones.

En las mesas decoradas con delicadas flores de campo, familias y parejas en prolijas y modernas vestimentas charlan bajito mientras disfrutan el día de campo gourmet que no condice a lo de la gente de allí.

Hay veinte establecimientos comerciales de extranjeros que funcionan los fines de semana en Uribelarrea en los últimos 5 años. Emprendedores que se enamoran del campo, de la facilidad de la ruta o de las condiciones económicas del lugar para poner en marcha alguno de sus sueños propios, aunque muchos de ellos el lunes por la mañana tengan que volver a prisa en sus camionetas modernas hacia la Capital: espera la rutina.

### **La Pulpería, o El puestito de Leo**

El puestito de Leo está a la vuelta de la posada y a dos cuadras y media de la placita central. La tienda-café es chiquita, pero se ve abarrotada de chuchería regional. Las chicas de la posada me dicen que busque a una pareja que es productora de alfajor, pero es difícil identificarlas por la falta de un cartel indicador. Le pregunto a un señor que sale intempestivamente detrás de una alfombra hecha con pelo de oveja.

— ¿Es acá el puestito de Leo?

— Sí, señorita, pasá que Leo está adentro.

Leo está organizando unos cuchillos de plata en el mostrador de terciopelo. Ya en su negocio confirmo la multiplicidad de objetos: alpargatas multicolores, decoración hecha a mano, kit de mates de cuero, ropa de lana tejida a mano, sombreros, toallones, calzados... Bien al costado derecho, sobre un rectángulo de vidrio se ven en papeles brillosos los famosos alfajores. Cuento un paquete, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

— ¿Te puedo ayudar en algo?

— ¡Hola! Si. Vine a hacer una entrevista. ¿Vos sos Leo?

Leo cuida del negocio de la familia desde hace unos diez años, aunque no quiso ser tambero como el abuelo ni campesino como su papá. Decidió que la pastelería artesanal sería el motor que conduciría la casita de chucherías de su línea genealógica.

— Nosotros producimos todos los alfajores. Mi mujer hace las tapitas y yo los rellenos. Variamos los gustos según la estación, pero los de chocolate y dulce de leche, siempre están.

Mientras charlamos, la mujer de Leo ordena una mesita al lado de afuera para una pareja que llega a merendar; un señor simpático me presenta a su esposa, una brasileña del norte de



Brasil que hace más de 13 años vive en Argentina y me cuentan muy pausadamente que decidieron pasar el feriado en el pueblo. Se ponen a hablar conmigo de la riqueza de nuestro país de origen, de lo que ella extraña de allá, cómo yo hago para cocinar poroto, cómo traigo las cosas de allá y todas las preguntas que nos hacemos unos a los otros cuando descubrimos que, a parte de la nacionalidad, compartimos la misma lejanía. Les cuento sobre un libro basado en los pueblos y los trenes e inmediatamente el tema los engancha y me sacan a Leo para contarles en detalles cómo Uribe sobrevivía hace veinte años atrás, sin la modernidad ni las opciones turísticas.

El comerciante sale de atrás del balcón de vidrio y le muestra al señor un mapa de lo que era el pueblo y la ruta del tren. De alpargata, bombacha y boina, Leo es un típico habitante del interior, por estos pagos donde dicen haber inventado el dulce de leche y la moda suele ser la misma desde hace cien años. De prosa sencilla pero con mucho conocimiento, Leo nos cuenta en riqueza de detalles, historias de cada rincón de Uribelarrea, desde los caseríos que hoy sirven de parador en los fines de semana hasta los grandes nombres que pasaron por la única calle asfaltada del pueblo.

— Lo que pocas personas saben es que Uribe fue locación de muchas películas importantes. ¿Ustedes tenían ese dato?, nos pregunta con la didáctica de un profesor.

La historia cuenta que Madonna fue una de las grandes estrellas que pisaron esas calles de tierra sin que la gente se diera cuenta. Otro señor que ingresa al local, nos dice un poco amargado que la actriz llegó en un auto particular al anochecer cuando todo el pueblo ya había sido vaciado para las filmaciones y que su familia, por ejemplo, solo se enteró del hecho cuando vieron después de mucho tiempo, Evita[i]. Descubro poco después que Juan es un campesino que viene al pueblo los fines de semana a buscar lo que le ordena la mujer en una libreta.

Heredados de la película, los vitraux originales usados para la filmación pueden ser vistos en la iglesia de Nuestra Señora de Luján, ubicada en una de las intersecciones de la plaza central, donde la gente camina por diagonales para no perderse. El plan arquitectónico fue proyectado por el mismo arquitecto que hizo el La Plata, aunque acá el asfalto le siga solo por la calle central.

Adelante de la iglesia, mucha gente espera con tranquilidad para saludar al cura a final de misa. Pero según Silvia, la historiadora del pueblo, durante el rodaje, era al revés, mucha agitación y falta de paciencia.

— Hasta al cura lo reclutaron para las filmaciones, ¿podes creer? Uribe era un caos. Por el centro las calles estaban cercadas y quién se acercaba escuchaba un grito por el altoparlante: Zona de filmación, aléjate por favor! Eso parecía la final de un clásico, nena. Había unos sesenta agentes de seguridad. Era como vivir y no poder vivir acá.

De extras, contrataron alrededor de sesenta personas, que se inscribieron una semana antes a cambio de comida y 45 pesos. Lo demás fue plata invertida y honor en las palabras.

— Madonna nos puso en el mapa, ¿sabes? Dicen que anduvo por los trenes, pero eso es historia de la gente, vecino que come tranquilamente un choripán delante de la estación de tren.

Leo, de La Pulpería, cuenta con el tono de un profesor de historia, que desde la fundación del pueblo, en 1890, hasta la llegada del tren, en 1900, sus habitantes vivieron hitos muy importantes como, por ejemplo, la creación del Colegio Salesiano Don Bosco que ayuda en la formación de los estudiantes para la práctica en el campo. Además, dice que hoy, los 1500 habitantes disponen de dos trenes diarios que pasan con horarios más espaciados, distinguiendo los recorridos en los fines de semana, y que la estación no expide boletos ni cuenta con servicio de guardia.

— Hoy por hoy todos tenemos auto o micro que pasa en la puerta, así que la gente casi no usa el tren. Además, la estación nos queda alejada de todo.

El expreso 88 viene de Once todos los días a las nueve de la mañana, y retorna a las 5 de la tarde, recorre la ruta principal del pueblo hasta el Colegio Don Bosco. Combis y otros micros con destino a Lobos, con un precio más caro, también hacen el trayecto de la Capital hasta el pueblo, con la salvedad de dejarlos a 15 km de la vía principal.

La corta distancia hasta Buenos Aires, hizo que Uribelarrea abriera sus puertas al turismo que cuenta con ingredientes propios de su campo, esta apuesta gastronómica se basa en una picada regional y en el queso y dulce de leche de cabra, entre otros alimentos.

— Están con la intención de abrir una bodega local con vino pesado que se usa para acompañar carnes de caza, ¿sabía? dice Leo.

Generalmente en los pueblos, además de la gastronomía, solemos encontrar los típicos pares de viejitos que se acuerdan con lujo de detalles la época en que el tren pasaba y que el tiempo por pasado fue mejor. Acá me recomiendan que consulte con una pareja que vive de un lado de las vías si quiero conocer algo más de la historia del lugar.

Jorgelina, una de las hijas de esa pareja, es amiga de Marisa, una de las socias de la posada, hace el contacto y me dice que vaya después del almuerzo, porque a la mañana su mamá suele ir a misa o al centro de jubilados. Me preparo para llegar a la hora de la merienda, así podrá recibirme con tranquilidad. Me informaron que hace menos de una semana falleció Marcos, su esposo, un hombre muy recordado por todos los que entrevisté.

A las cinco en punto, me recibe su hija con un cálido abrazo, detrás se aproxima Silvia, la mujer que imaginé anciana y de poca movilidad rebosa juventud:

— Pasá, pasá, Adriana. Entrá y ponete cómoda.

Les explico a qué se debe mi trabajo y la alegría de poder conocerla, ya que fue muy nombrada por la gente del lugar.

— No, yo soy nada. Quién se sentiría lisonjeado de poder contarte las historias del tren sería mi esposo, que, infelizmente, nos dejó la semana pasada. Que Dios lo tenga, hace una seña hacia arriba mientras arregla por hileras sobre la mesa las cuentas de la casa.

Jorgelina es psicóloga y vive a dos casas de su mamá. Me cuenta que aparte de ser guía turística de excursiones que llegan al pueblo, posee en la sala de su casa un museo del pueblo, que funciona los sábados de 09h a 15h, con máscaras representativas de personajes del Martín Fierro, confeccionadas por una señora española.

— Es una reliquia que conseguí reunir las. Tienen pelo, accesorios y todo. Te las muestro cuando vengas de vuelta porque ahora está el espacio está en reforma, me dice entusiasmada la profesora, sacando de un cajón un libro de historias del pueblo escrito por sus padres.

— Ah, ese es uno de los que escribimos juntos, me dice Silvia, apenas hojeo las páginas de un grueso libro titulado Uribelarrea.

La pareja ha escrito dos libros sobre el pueblo, con historias, anécdotas y recuerdos de su gente. La edición e impresión quedó a cargo de uno de sus hijos, Alejandro, periodista y dueño del Diario de Ezeiza.

Silvia es maestra y por muchos años fue directora de la escuela del pueblo, conoció a su marido en Uribelarrea, en una de las muchas veces que venía en tren desde Cañuelas a dar clases en el pueblo; él, en esa época era viudo y trabajaba como carpintero en la estación.

— A veces me acompañaba a la escuela o venía para despedirse de mí cuando me iba, hasta que decidimos casarnos y me mudé para acá. Yo llegué el 1 de marzo y el 20 de mayo el tren

dejó de pasar. El gobierno había vendido la línea y no podríamos hacer nada. Después de mucho tiempo volvieron a pasar dos trenes, pero ya nadie los usa.

Silvia dice entristecida que antes, por donde viven, casi no había casas, pero hoy todos los vecinos taparon su vista del tren y solo escucha el clásico silbido cuando se aleja corcoveando a los costados de la vía. Recuerda con cariño cuando llegaba apurada para las clases y tenían que ir pisando por las baldosas que pusieron a los costados de la vía para que la gente no se cayera cuando llovía y había mucho barro.

— Sólo después que abrieron el colegio salesiano es que hicieron el asfalto que lo une hasta la estación.

Me dice que ir a la estación en esa época era una fiesta. Las chicas iban a buscar novios o a chusmear quiénes llegaban, los hombres iban a esperar sus señoras o buscar algo que traía el vendedor.

Cuando le consulto sobre el cambio en la tranquilidad del pueblo con la llegada de tanta gente, las dos admiten que es eso lo que le da trabajo a la gente.

— Sino, mi querida, esa gente tiene que vivir con lo poco que hay que hacer en el campo y no es fácil.

Mientras me prepara un té para acompañar con las galletitas que saca de una lata guardada en el armario de la cocina, me comenta que todos los muebles fueron hechos por su marido.

— Era muy bueno en todo lo que hacía. Todo lo de nuestra casa fue hecho por él, ¿ves ese armario que preciosidad?

Ve de reojo muchas imágenes religiosas y le comentó, al ver una imagen de la virgen de la Concepción, que también le soy devota y que nací en su día y al instante se da vuelta y dice.

— No me digas, entonces tienes que llamarte Concepción y le digo que mi según nombre es Aparecida porque en Brasil le decimos la Virgen de Aparecida.

Se le ilumina la cara y le grita a su hija que se fue descansar en el sillón en la sala.

— Jorgelina, ¿vos viste que estamos con Adriana Aparecida? Es del día de la virgen, mira que preciosura de chica.

Viene la hija y me comentan que son muy católicos, que son ministros de la eucaristía como mis padres y que tienen mucha devoción a la virgen de Luján, patrona del pueblo y de la Argentina.

Les agradezco la amabilidad de las respuestas el tiempo y las historias contadas, cortando la charla y apurándome para salir. Pero Silvia sigue con el tema.

— Mira, Adriana, fue un gusto conocerte, que la virgen te bendiga y volvé siempre que quieras, me dice besándome la mejilla.

— Jorgelina, llévate a Adriana Aparecida a tomar la combi que ya son casi siete menos cuarto.

Un servicio de combis hace el recorrido Buenos Aires-Cañuelas todos los días, transportando trabajadores y viajantes que prefieren usarse de un medio de transporte más cómodo para llegar al lugar. De allí otros 15 km separan la ruta pavimentada de la calma pueblerina; el camino es la imagen más próxima de lo que un día fue y es la Argentina de todos los argentinos.

---

[i] La película, de origen estadounidense, cuenta la historia de lucha de Eva Perón. Fue filmada en Argentina y Hungría, recibiendo un premio Oscar. En las escenas del funeral de Eva Perón fueron mezcladas con el de su padre, rememorando la niñez de Evita en Junín, protagonizada en Uribelarrea

# Gouin



Foto: Adriana Souza

**Elegido por la influencia de la reapropiación cultural para bien de consumo.**

Un antiguo reloj Guarnier, de origen inglesa, que cuelga sobre una pared restaurada en la antigua estación, marca las 11.30 hs. Al menos cinco personas se detuvieron a contemplarlo: chequean en sus celulares para comprobar si la hora es correcta.

— Todo ok, Graciela. Cualquier cosa que necesiten, nos avisan, ¿sí? No deberían tener problema, dice el reparador de relojes.

Ni bien el tren dejó de pasar por el pueblo, en 1972, el reloj también detuvo su marcha, como un cómplice de tiempos difíciles, negándose a trabajar sin la existencia de los vagones que lo temblaba cuando entraban frenando al andén. Los dueños del restaurante ubicado en la antigua estación de tren de Gouin, lo miran con orgullo y alegría.

— Hace mucho queríamos verlo funcionar. Pero como es un reloj muy antiguo, son pocos los especializados en hacerlo andar. Esos que vinieron, por ejemplo, son los que arreglan los relojes de la catedral de Buenos Aires, me dice Graciela.

Para llegar a Gouin, hay que recorrer un sendero de 11km de tierra desde la ruta 7, trayecto obligatorio para llegar tanto a Capital como a Carmen de Areco, ciudad cabecera del partido. En ese camino sin coches que se pelean por ocupar el lado rápido de la autopista, lo que se ve es una naturaleza plena. El cielo devuelve un calco de los colores de la bandera argentina: celeste y el blanco gracias a las nubes desperdigadas que sólo pierden la tonalidad cuando un pájaro viaja libremente para posarse sobre los árboles que circundan el camino. Al menos cinco especies distintas son avistadas y escuchadas, llevándonos a creer en la armónica convivencia con la flora aun virgen del dónde no todavía no ha llegado el fenómeno sojero.

Entre los gajos desnudos de los árboles se descubren varios nidos de horneros, construidos unos sobre otros, como al descuido; la escena evoca las abigarradas favelas brasileñas.

Como un rayo, se cruza delante del auto una chinchilla, primera señal de la vida silvestre y de que la ciudad quedó varios kilómetros atrás. Al ingresar al pueblo, un par de carteles nos da la bienvenida y anuncian vida en Gouin: el restaurante La estación y la pulpería Don Tomás.

El fuerte de Gouin es la gastronomía, dónde uno va básicamente a comer. Cada fin de semana y feriados concurren cerca de quinientas personas a probar el asado criollo o las pastas de La Estación.

— A veces pienso cómo sería si volviera el tren. Capaz que la gente se quedaría a comer algo o tal vez, con mucho dolor en el corazón, tendría que vender el negocio, dice pensativa Graciela, dueña del restaurante.

En 2005, la estación fue convertida en un comedor cuando Graciela y su marido sintieron que peligraba el futuro del pueblo.

Hoy por hoy, la especialidad de la casa es la pasta, “hecha a palo y mano”, como recalca su dueña con orgullo.

En total pueden llegar a recibir setenta comensales aunque eso no suele suceder muy seguido, en ocasiones especiales como el día del padre o un fin de semana largo

Sentadas en una mesita rústica sobre el andén del tren, lo único que escuchamos es el sonido de los pajaritos. A pocos metros de nosotras, un puñado de árboles nos devuelve el aroma de los eucaliptos. Graciela interrumpe el canto de las aves y cuenta:

— Antes había más árboles, pero después que el tren dejó de pasar, algunos empleados vinieron con camiones y saquearon todo lo que pudieron.

Mi amable interlocutora solía vivir en Capital hasta que conoció a Héctor. Su amor resultó tan intenso que no dudaron en establecerse en el campo, buscando un lugar especial para la familia que estaban iniciando. De esto hace treinta años.

Acá también fue elegida como la primera delegada mujer del pueblo.

— Cuando dejé el cargo, sentía que todavía necesitaba hacer algo para atraer a la gente para acá. El pueblo se estaba muriendo.

Entonces juntó sus ahorros y le propuso su proyecto de emprendimiento al intendente de Carmen de Areco. Le concedieron el derecho de usar la estación con la condición de respetar el estilo original. Cumplió con el compromiso tomado a rajatabla: al ver un auto estacionarse muy pegado a los rieles del tren, grita: “¡Cuidado con los rieles!”, a pesar de que el tren nunca vuelva a rodar sobre ellos. Y lo mismo pasa cuando dos señoras cortan los gajos de una de las plantas que, desde hace años, rodean la vieja estación.

— ¡Eu! Para sacar esas plantas hay que pedir permiso, grita Graciela.

Las señoras se disculpan y le preguntan quién es el dueño. Con las manos en la cintura y mirándolas fijamente, no duda en contestarles.

— Son mías, yo las planté. Yo las cuido, las riego y todo. Así que no se las puede cortar sin mi autorización.



Graciela me muestra todo lo que conservaron del tren. Dos bancos verdes que antes formaban el mobiliario de la sala de espera, ahora son útiles cuando los turistas aguardan por una mesa disponible. La campana antigua de hierro de bronce resuena cuando la comida está lista. La virgen de Luján, en su pequeño altar, parece bendecir a los visitantes y adentro, conviven una gran variedad de objetos antiguos del tren, que dividen espacios con las mesas floridas y los cuadros de la familia. Por sobre el balcón de madera antigua, se ve por una pequeña ventanilla la cocina improvisada donde antiguamente era la sala de señoras, algo medio difusa por el polvo de la harina.

Alguien prende la radio y nos llega de afuera, a través de un parlante colgado del techo, un tango tristón, que resuena por todo el andén, como alentando a la gente a sentir nostalgia bien acorde a este ambiente de pasto y calma. Los ruidos del dial de la frecuencia AM interrumpen nuestra charla y obligan a Graciela a concentrarse en cocinar para los clientes que reservaron el día o para los que llegan para el almuerzo. Ya son las doce menos cuarto, anunciados con exactitud en el viejo (nuevo) reloj de Gouin.

Tanto el menú del Restaurante La Estación como el de la Pulpería Don Tomas ofrecen comida realmente casera. Mientras en el primero predominan las recetas de raíz italiana, en el segundo los platos son de tradición criolla: el plato fuerte es el asado hecho en la vereda del restaurante. Carlos, el asador, sale desde una cocina improvisada con una hilera de chorizos. La gente se reúne inmediatamente alrededor esperando por su choripán: es la típica escena de cada fin de semana. Si el día está lindo, la gente se queda toda la tarde, me dice el muchacho.

Hace dos años que es el encargado de cuidar el negocio del asado junto con su hermano quien, vestido de gaucho, nos mira sentado en la mesita de al lado, mientras toma una Quilmes (ya caliente) en lata.

— Trabajamos los días de semana en el campo y los fines de semana traemos la carne que nos encargan y armamos el asado, dice Juancito, el más conversador.

Carlos nació en el campo. Nunca fue ni quiso conocer otros lugares. Se casó con una chica del pueblo y tiene dos hijas. Cuida caballos de carreras de corrida en las tierras de un señor de mucha plata. De vez en cuando le grita a Juan, su hermano.

— Deja de chupar, Juancito, se ríe el hermano mayor.

Y Juan, obviamente, no le hace caso. En una mano tiene el asado y, en la otra la latita de Quilmes, mientras atiende y charla con nosotros.

— Hoy el dueño está de mala onda. Así que si no te atiende, no le des bola. Es buena persona, pero hoy faltaron unos empleados y está enojado, me advierte Juancito.

Las cuatro mesitas de madera pegadas a la pared de ladrillos están ocupadas, adentro también hay más comensales y el restaurante devuelve sólo ruidos a voces y tintineos de platos. Pegada en la pared, un cartel rememora la antigua pulpería, que antes fue almacén y peluquería. En el interior, un balcón de madera divide el pequeño almacén y fiambrería del restaurante. Dos mozas toman los pedidos y Raúl atiende un niño que apenas alcanza hasta los bordes del balcón. Algo apurado hace su pedido:

— Quiero 150 gramos de jamón y 150 de queso.

Mientras corta el fiambre del niño, me cuenta que la historia de la pulpería empezó cuando el tren llegó a Gouin. La gente pasaba para picar algo y jugar a las cartas mientras esperaba por un familiar que llegaba a la estación o su horario de partida.

— En las noches de verano hacían mucha guitarreada por acá, concluye Raúl.

El bar-resto funciona como almacén los días de semana porque sólo hay otro más con poca variedad de productos; si un cliente quiere más, deberá buscar por Carmen de Areco.

Raúl es nativo de Gouin, pero no siempre estuvo a cargo del negocio. Su papa era dueño de campo y a los 18 años se fue a vivir y a trabajar en San Antonio de Areco, después a Buenos Aires y al fin, decidió regresar a sus orígenes, comprando de vuelta el antiguo bar que había vendido antes de irse. Los fines de semana junto con otras cinco personas que lo ayudan atienden hasta doscientos clientes, claro que para lograrlo tiene que atender full time: desde las 9 de la mañana hasta las 10 de la noche. Si bien nunca tomó el tren en Gouin se acuerda cuando niño el bocinazo del carguero y el miedo que le producía al interrumpir la calma campestre.

— Nunca se atrasaba, pero a veces, yo estaba durmiendo y me acuerdo del sonido estridente que me despertaba.

Un poco más adelante del restaurante, por la misma calle, una heladería con el nombre pintado a mano “Mi sueño” llama la atención. Este local no está en la ruta de turismo ni tampoco fue incluido en guías online de viajes. La señora que teje adelante de la casa es la

dueña. En pleno invierno, lo que se ve de la heladería es un freezer tapado y una radio que suena al fondo.

— ¿No hay helados?

— Sí, pero poquitos. En esa época la gente viene para el café y los pastelitos.

— ¿Y cómo surgió el nombre, Mi sueño?

— Yo siempre quise tener un negocio propio y cuando lo conseguí, lo bautice para no olvidar lo que lo había deseado. Yo mismo lo escribí.

La señora lleva tatuado en la mano derecha por entre el pulgar y el índice, la cara del Gauchito Gil dentro de un corazón rojo. Al lado de la casa, hay un altar, construido en vidrio para que los devotos del santo popular le puedan hacer alguna donación o simplemente agradecerle algún milagro

— Hace mucho no lo limpio, por eso está con tanto polvo, pero hice una promesa y se la cumplí. Es mi rey, mi protector, dice mientras me muestra un tatuaje que lleva en el pecho izquierdo.

Alicia Ayala es correntina, tierra del Gauchito Gil. A los doce años su hija dejó de caminar súbitamente. Los médicos no encontraban explicaciones ni daban con el diagnóstico. Ya desesperada, decidió pedirle por la sanación de su hija al Gauchito Gil. No sólo volvió a caminar, sino que consiguió comprar una casa y hacerle mejoras.

— Le debo todo a él y todos los años se lo voy a agradecer. Antes hacía el peregrinaje caminando, pero hoy en día, voy en micro.

Alicia llegó a Gouin hace treinta años, en tren conoció varias ciudades pero se enamoró de un campesino de estos pagos. Trabajó mucho tiempo en una estancia alrededor del pueblo y luego se dedicó a hacer pasteles. Ahora no piensa irse de acá. Está contenta con su heladería y su vida tranquila. Tiene el amor de un joven, que podría ser su hijo y que aparece de vez en cuando alrededor nuestro con una yegua. Como un animal adiestrado, la yegua sube las patas como si pudiera cabecear el sol; junto con la silueta del hombre componen una escena típica de campo.

A unos cuatro pasos de la heladería, vive Juan Carlos Broin, ex-ferroviario. La casita sencilla pero bien amoblada, la compró con la plata de su jubilación. Nos cuenta que el tren de pasajeros recorría Buenos Aires- Rosario dos veces por semana, tramo que finalizó en 1978. El servicio de cargas continuó hasta 1994 cuando irrumpió en la escena empresas de

camiones dispuestas a transportar lo que antes corría tras los rieles: azúcar, soja, carne, entre otros.

Juan, antes de ser ferroviario, había trabajado en el campo, su labor se reducía a trabajar los tambos, ordeñaba vacas para producir la leche que luego alimentaría a un pueblo entero. Ya en el ferrocarril fue peón común y a pesar de no haber logrado una larga trayectoria, allí hizo amistades duraderas.

— Aprendí mucho e hice muchas amistades en el tiempo que trabajaba en el tren. La puntualidad y el compromiso lo aprendí trabajando allí.

Cuenta que el tren de pasajeros venía siempre cargado, incluso viajaban los comisarios responsables de traer la mercadería que abastecía los almacenes con vino y azúcar provenientes de Tucumán, o los encargos de la gente del lugar.

— Yo, de niño, siempre encargaba las revistas de figuritas. Esperaba ansiosamente la llegada del tren, todas las semanas.

Cuando cerró el ramal, las nueve familias que dependían del ferrocarril quedaron en el abismo. Algunas volvieron a trabajar en el campo, otras se jubilaron. Juan me cuenta que en el último día de su partida, todos los funcionarios fueron juntos verlo pasar. Como quien despide a un viejo amigo.

— Fue uno de los días más tristes de mi vida. Esperamos el tren desaparecer de la vista y nos fuimos. Ya sabíamos que no volvería a pasar.

El programa Pueblos Turísticos trajo algo de alivio a un pueblo alicaído. Es que el fin del tren pareció haberse llevado todo: panaderías, almacenes, bares. En uno de esos bares Juan hacía de barman y conoció a Mónica, su mujer, una porteña que cayó rendida de aquel muchacho que servía bebidas. No tardó en darse cuenta que su vida no tenía sentido en Capital sino en el campo: hoy tienen una hija y no planean abandonar Gouin. Mientras me relatan las historias del lugar, aparece la delegada del pueblo para conocerme.

— Vimos un auto raro que pasó delante de la matera y me dijeron que había una periodista haciendo entrevistas sobre el tren. Un gusto, me dice Mónica Herrero.

Le comento que estoy haciendo una investigación sobre los pueblos que siguen existiendo desde el cierre de los ramales. Se queda pensativa y responde que de a poquito van haciendo cosas mejores para el pueblo, que la feria en la matera se produce una vez por mes y se llena de gente. Allí las pastelerías venden sus pasteles fritos de membrillo y dulce de leche,

mientras los habitantes y visitantes pueden escuchar la pena de algún grupo local que improvisa sus canciones en un escenario sencillo construido por pallets.

Gouin celebra todos los años la fiesta nacional del Pastel. Es un evento que congrega concurre gente de todo el país a probar las exquisiteces preparadas por renombrados pasteleros de la provincia y del lugar. En la competencia se anuncia al mejor del año pero todos son, de algún modo, ganadores: las tortas se venden como pan caliente, antes de las cinco de la tarde ya se han agotado.

De origen irlandés, este pueblo alguna vez se abocó a celebrar únicamente la fiesta de San Patricio: las calles se llenaban de adornos verdes y blancos al son de la música irlandesa, los vecinos consumían comidas típicas y cerveza. Un ex intendente notó el potencial de las pasteleras locales. La sugerencia se transformó en un evento mucho más importante que atrae unas 20.000 personas por año, convirtiendo a Gouin, todos los años en diciembre, en la fiesta provincial del pastel, dejando en el pasado la típica celebración del santo verde.

El pueblo, de calles angostas, es pequeño y acogedor. No cuenta con un museo local, pero tiene a su gente siempre disponible a contarle al visitante un poco de su historia Sus 130 habitantes que conviven pacíficamente con el polvo de la tierra fina que invade los juguetes de los niños en la placita, los baños públicos y las entradas de sus casas. La simplicidad, la arquitectura ferroviaria y la esperanza de renovación permiten que sean un pueblo de desconexión, estando tan cerca, y a su vez tan lejos de la caótica Buenos Aires.

# Carlos Keen



Foto: Adriana Souza

**Elegido por la influencia social/cultural**

## La ciudad del sol

El micro llega a la estación a las 11:45 hs, un chico sube y le pregunta al chofer:

— Che, ¿vos fuiste a la fiesta del sol la semana pasada?

— No, no fui. No supe nada.

— Boludo avisaron ahí por “Facebu” Había más de 13.000 personas, estuvo muy buena.

En Carlos Keen se celebra cada año, la fiesta del sol, ideada por los artesanos, músicos y vecinos para presentar al público lo que mejor saben hacer. El pueblito se fundó a las orillas del ferrocarril, un espacio rectangular donde todo lo esencial está ubicado a pocos pasos. Dentro de la vieja estación de tren, reciclada hoy como centro cultural se destaca un galpón enorme de ladrillos a la vista, ubicado en el medio de una tira larga de pasto usada por los manteros de fin de semana, que cuando no trabajan comparten la paz del lugar. Cada pareja, grupo de amigos y familias portan su kit matero y comparten un pedacito de esa especie de curita gigante. En cada punta del rectángulo existe un local gastronómico o de referencia: un restaurante parrillero, un bodegón, un hotel-restaurante o un espacio de artesanos.

El micro también tiene una parada ahí, y me deja a una cuadra de la fundación Camino Abierto, donde me voy a quedar ese fin de semana. El lugar es una enorme chacra con patos y gansos que deambulan por doquier, y se encarga de albergar a niños en situación de calle y además funciona como restaurante en los fines de semana.

Mientras busco una recepción que no existe, veo a tres niños, que no superan los diez años, absortos de todo: de lo sucios que pueden quedar al estar en contacto con la tierra, de lo lejos que se encuentran de todo modernismo, de todo lo que incluya la tecnología, son ellos y su juego. Nada más.

La fundación existe desde hace catorce años y actualmente solo cuatro de esos niños viven, llegaron por la decisión de un juzgado y hacen todo tipo de actividades en el lugar, desde sembrar una planta hasta armar los platos que serán ofertados en el menú gourmet del fin de semana.

Susana, la mamá de la casa es quien cuida de esos niños, y apenas llego, me viene a saludar. Viste una ropa roja, del mismo color de su pelo, y unas medias verdes que suben por arriba de la bota corta. Me saluda amigablemente, y va en busca de las llaves de la cabaña pero ni bien ingresa en una da órdenes a dos de los chicos

— María, trae la estufa, por favor.

— Leo, fíjate si la llave de la cabaña rosa está adentro, no la encuentro.

Tan pronto Leo y María vienen con llave y estufa, me acompañan hasta mi futuro hogar de fin de semana. Ella se encarga de abrirme la puerta, dice que me ponga cómoda y lo que necesite, que los busque. Él me pone la estufa al lado de la cocina. No hablan mucho, ella algo más. Me dice que vienen solo los fines de semana a atender el restaurante y que él vive aquí hace cuatro años. Nadie me pregunta mi nombre, no piden ningún dato, no hacen check in, no confirman la reserva. Me entregan las llaves como si fuera una conocida. Se preocupan más del frío que pueda sufrir en mi estadía que si puedo irme sin pagar. Vuelvo cerca de la cocina y veo a Susana saliendo de un lugar a otro, llamando a todos los niños por el nombre, niños que se parecen pero no: visten una bermuda colorida, una remera blanca y con el mismo corte de pelo, desmechado, estilo emo, punk, moderno-hípster.

### **La cocina-comedor**

Todos los días por la mañana, antes que salga el sol, Susana tiene por rutina preparar el café, meditar y agradecer por un día más de vida que significa un días más de su fundación.

Poco después los chicos aparecen, algunos con cara de sueño, otros ni tanto. Charlan bajito entre ellos y se van a la cocina. Empiezan a hornear el pan y a calentar la leche. Cada uno hace su tarea concienzudamente como un grupo de adultos que dejaron la niñez hace décadas. Pero no, si bien tienen responsabilidades, son niños. De cuando en cuando se les escapa un chiste infantil, de esos que en Brasil decimos *molecagem* – cuando uno se burla del otro o pone cosas para que quede más gracioso que los demás, pero no dejan de estar trabajando para su sustento. No llaman a Susana de madre ni le piden permiso para salir a jugar cuando terminan sus trabajos.

— La responsabilidad la heredaron de la dinámica de la fundación, me dice Susana. De lunes a viernes se hacen talleres de cocina, plantío, veterinaria. Los fines de semana trabajan por turnos en el restaurante, pero no dejan su niñez de lado, me comenta.

Cuando por fin me quedo sola con uno de los chicos, que lava algunas verduras para el almuerzo, le pregunto sin muchas vueltas que fue lo que le trajo aquí y sin tantas vueltas, me dice.

— Me gusta cocinar.



No me mira a los ojos y no parece interesado en continuar la charla; está tan concentrado en sacar la tierra de las ramas de albahacas que decido no interrumpirlo.

En el depósito, las chicas contabilizan la cantidad de postres que están almacenados en un *freezer*. Del otro lado de la cocina, un chico arma los individuales de todas las mesas. Por el vidrio se ve a tres gansos grandes, blancos y gordos que juegan con uno de los niños de la fundación. Hace frío y mientras las hojas tiemblan las ovejas se acurrucan unas a las otras en el medio del pastizal, formando una especie de ovillo gigante de lana.

Ya son las diez y empiezan a llegar los primeros visitantes del fin de semana. Una pareja que me saluda muy amigablemente y parecen estar totalmente familiarizados con el lugar. Sacan su mate del auto, saludan a algunos animalitos por los nombres y se dirigen al comedor. Sin haber una recepción propia, es como si la gente estuviera constantemente visitando a un pariente querido. Piden permiso y pasan sin problemas por el living de la fundación, por la cocina y por el espacio comedor del restaurante. El ambiente infunde una libertad absoluta: me siento parte de un *reality show* campesino o en una colonia de vacaciones sin tutores.

— Paco, veni acá, le dice una nena a un pato que se acerca a la puerta del auto.

Paco parece sobrealimentado, pero a la nena rubiecita que le tira migas parece no importarle.

Decido ir al galpón cultural donde antes funcionaba la estación de tren. Y caminando por una especie de línea recta arboleada y de tierra, diviso a lo lejos el enorme rectángulo de pasto donde se ubica el centro del pueblo, donde hay un montón de otras tiritas de tela coloridas sobre el pasto verde.

La gente parece ensimismada en lo más importante: el mate y las facturas. La escena me devuelve un hermoso recuerdo, el día que le pedí a Juan, mi novio, que me enseñara a prepararlo.

— Pones la yerba, lo volteas con la mano cerrada boca abajo para acomodarla bien, hace un huequito con la bombilla y va metiendo el agua despacito.

— ¿Y cómo se cuándo el agua esta lista?

Se reía con mi suegro y me explicaba de manera muy didáctica.

— ¿Escuchas el silbido del agua? Cuando empieza a silbar hay que sacarla.

— Ahora le pones despacito en el hueco y tomas el primero.

Siempre me gustó la idea del mate y su sentido entrañable: el reconocimiento de las manos de quien lo ceba, de mirar a los ojos a la otra persona, de sentir el olor a agua de hierbas semi-hervida, de agradecer cuando ya no se quiere más, de tocar las manos de quien no lo pasa: manos más duras, que lo pasan rápido y escapa al roce, manos sensibles, con anillos, uñas pintadas, manos de artista o de maestra. Manos arrugadas de la sabiduría y manos de amor, que nos pasan el mate y sentimos esa sensación al rozarnos la piel.

Delante de la antigua estación de tren, muchas de esas manos se entrelazan a lo largo del día compartiendo el mate. Del lado de adentro, Rodrigo, el encargado de la estación, que tiene poco más de mi edad, me pregunta si sé prepararlo. Le sonrío que sí, aunque mantiene una postura algo escéptica:

— ¿Y dónde aprendiste a preparar el mate, vos? dice al percibir mi acento cuando me presento.

Mientras le cuento mi historia con el mate, me comparte uno calentito y me lleva a recorrer el espacio cultural que funciona en la antigua estación de tren desde hace poco más de diez años. En la planta baja del edificio de dos pisos hay mucho movimiento: por la derecha una sala de cine improvisada con cortinas de tela negra montada para que tanto los niños como grandes puedan mirar las películas recién salidas de la cartelera. El sonido es casi tan fiel como el de un cine de cualquier gran ciudad y la imagen, aunque un poco torpe por el proyector, se ve bastante bien. En la pantalla de cemento, los *minions* divierten a los niños.

— Cada sábado a las 15 hs. tenemos una película distinta. En la semana hacemos una votación por la página de *Facebook* y el sábado la hacemos llegar a la gente, me dice Rodrigo, entusiasmado.

Sin inscripción previa, la capacidad de la sala tiene que ver con el número de sillas existentes. Cuento cincuenta asientos, amontonados en diez hileras de cinco que, infelizmente, dejarían al espectador cincuenta y uno, sin butaca.

— Pero te digo, eh, eso nunca fue problema, se adelanta en contestarme Rodrigo. Se tiran trapos por el piso y se divierten igual.

En la planta superior, una exposición de fotografía colma el pasillo de gente y hace sonar el piso de madera. Las fotos están exhibidas en la pared con distintos marcos en blanco y negro y proponen un recorrido por el pasado y presente del pueblo. De todos los fotógrafos expositores, solo uno es nativo, el resto son visitantes que se enamoraron del enorme molino

que aparece contrastado a la puesta del sol, o del largo rectángulo de pasto con la estación al medio.

— Si querés, mándanos una foto que sacaste acá que la ponemos en la exposición, solemos cambiar de vez en cuando para no quedar tan repetidas.

Al bajar por una escalera angosta, llegamos a lo que vendría ser el café local, aunque esté un poco disfrazado de museo.

— Antes teníamos una señora que venía todos los sábados a vender las cosas dulces que preparaba, más el agua caliente y el café. Pero después, hicieron tanto problema que ya no viene más. Ahora tenemos a Katia que nos trae unas facturitas y el agua caliente para el mate, nada más.

Katia tiene 65 años y vivió toda su vida en Carlos Keen. Nunca pensó en irse de acá y dice estar muy contenta con todas las mejoras que tuvieron en el pueblo los últimos años. El *boom* gastronómico lo consolidó como una escapada ideal de fin de semana. La tranquilidad del lugar y la rica comida preparada por su gente, fueron algunos de los motivos que lo consagraron en el primer pueblo turístico del programa nacional que lleva ese nombre, orgullo que estamparon en la cartelera principal con recortes de revistas y diarios.

Miro alrededor y observo a un niño que escucha *reggaetón* y chusmea muy concentrado el *Facebook*. Es uno de los niños de la fundación, el que me acompañó a la habitación y que poco me habló en la casa.

— Todos los sábados ellos vienen unas horitas a conectarse al mundo.

— ¿Y por qué acá?

— Porque es el único lugar del pueblo que tiene *wi-fi* libre y gratis.

De las 9 a la 6, dice un cartelito impreso pegado a la pared de ladrillos a la vista confirma lo que me cuenta Rodrigo.

— Pero casi no hablan, ¿no?

— No, generalmente están con sus cosas. A veces viene con uno o dos más, pero creo que se turnan para no dejar a Susana sola. ¿La conociste? Es una genia.

Le contesto que sí y vuelvo a mirar el niño de cuyo nombre no recuerdo y quiero saberlo:

— Hola, estoy en la fundación, ¿te acordas de mí?

Balancea la cabeza en afirmativo y vuelve a mirar la pantalla chiquita de la compu regalada por la escuela.

— ¿Cuál era tu nombre?

— Miguel.

Acomoda un mechón de pelo que se le cae por el rostro y vuelve la cabeza a la pantalla y de nuevo no me sigue la mirada. Rodrigo me grita para mostrarme un recorte de turismo de una revista y cuando miro de vuelta, el niño ya se había ido.

### **¡Fuera Temer!**

Lo que uno menos se imagina al visitar un pueblo es encontrarse con alguien lo menos católico-apostólico-romano o de centro derecha posible. Y acá, encontré alguien con el mismo grito ideológico. Cuando le pregunté por el señor Roberto Manuel Fernández, el chico de informes del centro cultural lo llamó por teléfono y dijo que lo esperara que pronto venía.

— Sí, señor Roberto, es una periodista brasileña que lo quiere conocer.

Me di vuelta a mirar unas fotografías y en menos de cinco minutos ese Che Guevara ochentón, llega en una bici antigua pintada de rojo, con una boina gris tejida a mano, un suéter del mismo color, y apenas se acomoda la bici al lado del portón principal.

— Que bárbaro lo de Brasil, che. Si estuviera allá mataría a ese Temer.

Obviamente la entrevista fue mucho más partidaria. Nos sacamos una foto, discutimos temas de Latinoamérica, del pueblo y del tren. Me contó que toda su vida vivió en Carlos Keen. Nunca había tenido problema con ningún partido hasta la llegada del macrismo:

— Imagínate vos si lo que hicieron con las jubilaciones es justo. ¿Vos leíste las noticias, no?

Roberto a pesar de su edad tiene una memoria envidiable. Me cuenta con lujo de detalles la época dorada del pueblo:

— Acá en los años 30' llegó (el pueblo) a tener unas 3.000 personas y hoy capaz que no llegamos ni a 500. El pueblo se hizo rápido. Trajeron a los italianos para laburar acá. Vinieron mis abuelos y todos los otros para trabajar en el tren y en el campo.

Carlos Keen fue fundada en 12 de agosto de 1881 como una continuación del ramal Luján Pergamino.

— Antes eso era todo pasto (hace señas indicando con las manos las afueras de la estación). Había un deposito acá donde estamos que trabajan unos 150 peones para hacer la carga de agua y nada más, todo lo demás era trigo y ganado.

El pueblo lleva el nombre de un importante abogado, militar y periodista nacido en Las Flores, ciudad cabecera de otro pueblito mencionado en ese libro, y que, además, había luchado en la guerra de la triple alianza en Paraguay y después fue un sobresaliente político de Buenos Aires.

— En esa época teníamos por acá todo lo que vos podrías imaginar. Fábrica de dulces, macetas, fideos. Lo que no ayudó a Carlos Keen a crecer fue cuando cerraron el ramal y cambiaron la ruta que iba pasar allá al fondo, ¿ves? Señala la llanura vista desde la ventana del antiguo galpón ferroviario.

El trazado de la ruta 7, a 10km del centro de Carlos Keen, ocasionó que Algoselan Filandria, una importante fábrica algodonera se radique cerca, lo que provocó una especie de éxodo de varios quinenses. No fue el caso de Roberto que se mantuvo junto a su familia -tres hijos y su mujer- y continuó con su labor por cincuenta años en la única fábrica de dulces del pueblo (originalmente se dedicaba a fabricar queso pero luego se sumaron a la especialidad: dulce de leche, membrillo, batata).

— Había entre quince y veinte empleados, más o menos. Yo llegué allí porque había trabajado antes en la panadería que también era del mismo dueño. Trabajé por más doce años después de jubilarme y un día decidieron venderla.

El nieto de Roberto también es dulcero en la única fábrica operativa del pueblo, recuerda con nostalgia los tiempos de abundancia y de la garra de los cincuenta italianos trabajadores que vivían por acá acá que, según sus criterios, tenían las mejores carpinterías y zapaterías de la región. Pero no solo de trabajo vivía esa gente:

— Las quermeses acá duraban un mes. Todos los sábados había baile en el club; competición de bocha, campeonatos de futbol, todo era más divertido.

El ferrocarril traía las chicas de las familias que vivían lejos y que se enamoraban cuando llegaban a la estación.

— Aunque no trabajaba en el ferrocarril, tuve muchos amigos. Ramón Rosi, ¿lo conociste? Él era jefe del ferrocarril. Toda la familia trabajó en el tren y fue metiendo a los suyos.

— ¿Y se acuerda del último tren que pasó por acá?

— ¿Y cómo no me voy acordar? Fue el tren de carga en 78'. Venía de Luján a las 11.30 hs. y dejaba la leche y a las 16 hs. la tenía que llevar, pero ese día ya no volvió.

El colectivo del pueblo de los años 40', continúa realizando su antiguo recorrido: dos horas hasta Luján cuyo paisaje, como escenografía natural está conformado por campos de soja y las gigantografías de publicidad gastronómica.

Cuando hace 10 años en Carlos Keen se protagonizó la novela argentina *Vidas Robadas*, fue el momento ideal para ser declarado como bien histórico nacional, la distinción vino con yapa: además apareció en el programa Pueblos Turísticos. Puede que por aquí no haya ni baños públicos, ni confitería, ni hotel, ni panadería, ni peluqueros. Pero desde 2008 el antiguo galpón del ferrocarril ofrece muestras de arte, funciones de cine gratuitas, espectáculos, teatro y en la semana, talleres de arte desde tejido hasta cerámica. Hoy, la mayoría de los habitantes de Carlos Keen viven del turismo, del campo o de las fábricas de Luján. No tienen muchas ofertas turísticas ni empresariales, pero tienen un gran orgullo de pertenencia.

Antes de terminar la entrevista, Roberto me dice que vive pegado a la iglesia y me pregunta si también ya la conocí. Que es preciosa y que San Bartolomeo es muy milagroso. Y nos pasamos rápidamente del tema cultural y político al religioso. Por lo tanto, lo de los pueblos sigue siendo 90% verdad. El señor Roberto también es uno de los católicos-apostólicos-romanos -de-izquierda, agrego yo, aunque religión y política siga siendo un tema demasiado difícil de utilizarse en la misma frase.

### **Cocina consciente**

Decido volver a la fundación, ubicada en una esquina escondida de la entrada del pueblo, mientras veo que baja el sol y el molino gira con lentitud: es el fin del día. Al fondo de lo que era la antigua fábrica de dulce de leche del pueblo, la fundación-granja-hogar-restaurant y cabaña de alquiler que sobrevive al movimiento del fin de semana.

Por un sendero de piedras sobrepuestas, el visitante puede llegar tranquilamente al balcón principal del restaurante, donde una niña de unos seis años juega con las teclas de la antigua caja registradora. Cercanos a la pileta, dos niños limpian las mesas y otros dos ayudan a preparar las pizzas. Mezclada a la nube de harina del comedor, Susana aparece combinando espacios mientras lava unas hojas de rúcula o separa las masas de pizza.

— Entrá, entrá, Adriana. Ponete cómoda. Vos andá preguntándome mientras preparo la comida de los chicos, me dice Susana mientras limpia con la punta del índice un chorro de salsa de tomate que se le resbala de la masa.

El teléfono toca, y con las manos sucias, Susana le hace un gesto de no puedo a uno de los chicos.

— Pablo, aténdelo, por favor.

— Hola, no señor, para mañana ya no tomamos más reservas. Gracias. Dice el niño a alguien apresurado del otro lado de la línea.

— ¿Otro más por reserva? Le pregunta Susana.

— Sí, con ese ya se nos va unos cuatro.

— Decile a las chicas que chequeen los postres en el freezer. Mañana parece que vamos a estar explotados, le dice al niño.

Susana me explica que todos los días los niños preparan algo distinto en las clases de cocina y lo van almacenando para los almuerzos del fin de semana.

— Los lunes y miércoles, por ejemplo, preparamos las pastas. Los viernes, los postres y así por delante.

— ¿Y cómo se manejan con los horarios de la escuela?

— No, eso todo es aparte, ellos estudian a la tarde, así que la mañana están en los talleres de cocina y a la noche descansan o juegan algo.

— ¿Y quién dicta los talleres?

— Viene muchos voluntarios. Algunos de acá y otros de afuera. Hoy, por ejemplo, viene Braceli, de los Cocineros Argentinos – ciclo televisivo emitido por la TV Pública –, a comer con nosotros. Esa es su hija, me presenta Susana a la nenita rubia que jugaba en la caja registradora como si fuera una más de la casa.

Irrumpe Juan Braceli, de *jeans* y chaqueta. Sin ninguna pompa de conductor televiso. Le dobla la manga de la camisa y le pregunta que hay para la cena, como si estuviera entrando en la propia cocina de su casa. No como uno de los Cocineros Argentinos como se anticipa y se orgullo la señora Esmoris.

— Juan, un gusto, me dice amigablemente.

Me pregunta de mi investigación, de cuánto hace que estoy en Argentina, por qué elegí ese país y todas las otras preguntas similares que cabe a un desconocido. Pero cuando le

pregunto yo cuánto tiempo hace que viene a lo de Susana y por qué, respira profundo tentando calcular el tiempo y dice mirándola.

— ¿Unos siete años, Susana? Creo que sí, me acuerdo que la conocí cuando venimos grabar un especial del programa y me enamoré. Trató de venir por lo menos a cada dos o tres meses.

Le pregunto qué fue lo que más le encantó del proyecto y sin mucho pensar, me responde.

— Los chicos. La historia de eso chicos. Conocí a Zacarías cuando era niño. Vivía por acá tirado al pasto y le encantaba cocinar. Ahora se independizó y fue a vivir en Luján, ¿no, Susana?

— Si, Juan, ¿y podes creer que me llamó ayer pidiendo trabajo? Parece que no le salió bien, y obvio que le dije que sí, esa será siempre su casa. Así que mañana está de vuelta.

— Bueno, seguro vas a conocer a Zaca, es muy especial. Su historia, su profesionalismo. Es el que maneja las redes sociales, me adelantó el cocinero. Periodista

En la pileta, Emmanuel corta algunos tomates para la pizza y apenas lo ve, Susana lo reta.

— No, no, Emma. Esos no. Vamos a usar los pros dinámicos.

— Esos de la lata blanca.

— Si, esos. Son más saludables y le dan un mejor gusto a la pizza, y le acerca el pote al niño.

Hace un poco más de un año, Susana viene desarrollando el Proyecto Fluir con La Naturaleza, que consiste en cocinar y aprender con todo lo que hay en la huerta. Lo desarrolla semanalmente, con la ayuda de amigos y cocineros reconocidos que vienen dar clases y talleres de cocina consciente.

— La gente está en búsqueda en algo más que el material. La gente viene a buscar un lugar de paz, tranquilidad, donde puedas más que comer, que sea como tu casa.

Esa consciencia es lo que intenta pasar diariamente a los chicos: cocinar con lo que proviene de la naturaleza y tratar de no consumir harina blanca.

— Cuando vos sintonizas la radio, eso pasa con las personas, se sintonizan con lo que buscan.

Actualmente la fundación alberga cuatro chicos fijos de entre 6-12 años y treinta más que vienen únicamente para participar de los talleres de cocina. La fundación conocida internacionalmente suele recibir visitantes y admiradores de los más variados países, además



de las 500 personas que suelen llegar para almorzar o pasar un día de campo en el fin de semana.

— Hace poco más de un mes vinieron unos profesores de Estados Unidos y unos sacerdotes alemanes. Hace unos dos años vinieron unas suizas a grabar un documental.

Con la muerte de su esposo, Susana cuida de todo con la ayuda de los vecinos amigos y de los amigos cercanos que a veces se trasladan de lejos para ayudarla con trámites o remodelaciones.

En la cabaña, por ejemplo, hay un libro escrito por Susana que cuenta la historia de la fundación con el prefacio del periodista Martiniano Molina, amigo íntimo de Susana y profesor en la fundación.

— La naturaleza y la vida te da todo, Adriana. Las conexiones existen y están para construir lo que deseas. Y después viene esa gente de Macri queriendo ofrecer subsidio para capacitar a la gente. Quiero que le paguen a los jubilados lo correcto para queso puedan disfrutar la vida y gastar en un día de campo acá, por ejemplo.

Susana vive de las donaciones y la recaudación del restaurante de los fines de semana, lo que le da para pagar los gastos de la casa y de los cinco profesores, incluyendo los de cocina y de orquesta.

Mientras charlamos, Juan le dice a uno de los chicos que le ponga aceite, orégano y albahaca en la pizza. Huele el aroma y dice:

— Eso es como en la tierra de mi mamá, Susana. Estar acá es una inyección de alma.

— ¿Y qué es lo que más te gusta acá?, le pregunto

— Es un espacio que está en constante crecimiento, como si fuera una huerta a nivel espiritual y humano.

Susana antes de ser la mamá de esos niños y dueña de este espacio, fue maestra de *reiki* y dictó cursos de control mental. Medita tres horas por día y cree en la magia de la Tierra y en la energía transformadora de las personas. El *click* de su vida lo hizo hace veinte años cuando visitaba su hermano enfermo en el hospital.

— En esa época allí en el hospital conocí la familia de un niño muy pobre que un día se me acercaron para preguntarme si me podía quedar con él.

Poco tiempo después, los demás hermanos también le pidieron quedarse y como ya no tenían más lugar en su casa, empezaron a buscar otro que fuera más grande para albergar a todos. La pareja que en esa época era dueña de una fábrica de material de construcción y estaban bien económicamente, decidieron vender todo e irse a un lugar más tranquilo. Empezaron a buscar por entre los pueblos cercanos a Buenos Aires cual les gustaba más, los campos de girasoles de Carlos Keen terminaron por enamorar a la pareja. Con la ayuda de la gente del pueblo, empezaron a criar los primeros animales, patos y gansos (regalos de bienvenida). Otros amigos ayudaron pintando y decorando la casa. En esa época eran cuatro chicos hermanos, que después, con la visita del juez, se fueron sumando otros más. Mientras tanto, ella seguía dando cursos de control mental y haciendo rifas para ayudar a mantener el lugar, que económicamente daba mucha pérdida. Hoy, las cosas son distintas. El restaurante es la mayor fuente de ingreso de la fundación.

— Van a la escuela, participan de la orquesta juvenil, hacen travesuras y se perfeccionan en lo que cada uno les gusta hacer. Van a la biblioteca y hacen clases de lectura y pintura, y a las noches cuando pueden ven películas en el proyector. Comparten sus habitaciones y ayudan a organizar la casa. La cena es el momento en que siempre se reúnen para hablar de las vivencias del día, de las crisis de adolescencia o de todo. Cada día uno cocina y si le toca a uno que no le gusta cocinar, comemos fideos con manteca, lo importante es la reunión. Lo que busco siempre es encontrarles un talento natural. Si tienen habilidad con la cocina, si tienen conexión con la tierra, si le gustan los animales, acá están en el paraíso.

Los niños llegan desde los juzgados o de las delegaciones de cada partido de la provincia, los envían luego de que Susana le haya hecho una evaluación previa.

Nos interrumpe el sonido del teléfono cuando estamos a punto de comer. Son las once de la noche de un sábado. Del otro lado de la línea, la persona parece insistente, como podemos notar en los repetidos “no” que dice Susana.

— No, ya no hay lugar. No, infelizmente, no. Me llamaron en la semana y ya le dije que no. ¿Qué edad tiene? Ustedes vieron, no tenemos condiciones para uno más. Ok. Llamen en la semana que hablamos mejor.

Corta el teléfono y nadie dice nada. Volvemos a cruzar los cubiertos mientras un niño más busca refugio por esos lados dónde la naturaleza enseña el tiempo de sembrar y de comer.

Dan ganas de quedarse en este pequeño paraíso que construyeron con tanto amor los habitantes de Carlos Keen. Es el sentimiento que provoca a sus visitantes y no soy la excepción.



## Epílogo

Cuando tomé la decisión de escribir estas crónicas, traté de seguir las premisas propuestas por Leila Guerriero en su libro *El Arte de contar historias*, buscando *ser alguien que*

*...entra en iglesias y mezquitas, en bares y en cementerios, en clubes y en las casas, que habla poco, que escucha mucho, que lo mira todo – carteles y colegios, la gente por la calle, los perros, el clima y las comidas – y que, después de mirar, hace que eso signifique: que descubre, en aquello que miraron tantos, una cosa nueva (2009).*

Muchas fueron las historias escuchadas y las experiencias vividas en esos rincones no tan lejanos de la Buenos Aires cosmopolita. En todos los pueblos se pudo constatar básicamente tres cosas: la primera es la importancia del tren, presente en la nostalgia de las historias y en los hábitos y tradiciones de su gente. La segunda, es el *boom* de emprendimientos turísticos de fin de semana que contrasta con los pocos proyectos sociales, todos ellos diseñados con la finalidad de restaurar, de cierta manera, el vínculo económico y social generado antiguamente por el tren. Y en tercer lugar, y no menos importante, se observó la importancia de las mujeres en la reconstrucción del discurso planteado por los pueblos. En cada uno se siente de manera singular la presencia femenina resignificando y atreviéndose a dejar su huella en la historia de esos lugarcitos donde el conservadurismo y las figuras masculinas habían sido las protagonistas de la vida económica, social y cultural durante mucho tiempo.

Contar esas historias significó unir esos tres ejes y, a la vez, abrir preguntas cuyas respuestas van más allá de las páginas de este libro. ¿Será que esas personas están logrando efectivamente reconstruir la historia común o están planteándose otras? Contestar esa pregunta nos permite entender hasta qué punto la memoria colectiva se entrama en el presente de esos pueblos. Cada uno se transformó en un trampolín económico para muchas otras personas que migraron y hoy protagonizan muchas de las actividades que devolvieron la abundancia a la población local.

¿Estas nuevas actividades constituyen un problema o una solución para los pobladores? Muchos lo ven como solución, aunque acomodarse a los nuevos hábitos consiste, muchas veces, en la aceptación de todo lo que les llegó de afuera.

Narrar esas historias es cuestionar también la falta de políticas públicas y de servicios básicos de calidad, y percibir, sin mucho esfuerzo, que el asfalto y los carteles gastronómicos están

cambiando de a poquito el paisaje local. Y que esa transformación es fruto de la imaginación y del esfuerzo de sus pobladores.

## Bibliografia

### Libros:

- BRUM, Eliane. **A vida que ninguém vê**. Porto Alegre: Arquipélago Editorial, 2006.
- BRUM, Eliane. **O Olho da rua: uma repórter em busca da literatura da vida real**. São Paulo: Globo, 2008. 422 p.
- CANCLINI, Nestor Garcia. **Culturas híbridas: estratégias para entrar e sair da modernidade**. São Paulo: Edusp, 2006.
- CRUZ, M.S., MENEZES, J.S., PINTO, O. **Festas culturais: Tradição, Comidas e Celebrações**. Salvador, Bahia: FACOM/UFBA, 2008
- GEERTZ, Clifford. **A interpretação das culturas**. Rio de Janeiro: LTC, 1989.
- HOBBSAWM, Eric e RANGER, Tenence. **A invenção das tradições**. Rio de Janeiro: Paz e terra, 1997
- MOTTA, Luiz Gonzaga. **Narrativas: Representação, instituição ou experimentação da realidade?** Anais do VII Encontro Nacional de Pesquisadores em Jornalismo. SBPJor. São Paulo: USP, 2009
- SÁ, Jorge de. **A crônica**. São Paulo: Ática, 1985.
- VELHO, Gilberto. **Individualismo e cultura: Notas para uma Antropologia da Sociedade contemporânea**. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1999.
- THOMPSON, John B. **Ideologia e cultura moderna. Teoria social crítica na era dos meios de comunicação de massa**. Petrópolis: Vozes, 1990.
- CANCLINI, Néstor García. **Como se ocupan los médios de la información cultural**. 1999. Publicado na revista eletrônica etcétera ([www.etcetera.com.mx](http://www.etcetera.com.mx)).
- CULT. **Dossiê do 3º Congresso de Jornalismo Cultural**. São Paulo: Editora Bregantini, 2010 NESTROVSKI, Arthur(org). **Em branco e preto**. Publifolha. São Paulo, 2004
- SILVA, Juremir Machado da. **A miséria do jornalismo brasileiro – As (in)certezas da mídia**. Petrópolis: Vozes, 2000
- SODRÉ, Muniz. **Reinventando a cultura: a comunicação e seus produtos**. Petrópolis: Vozes, 1996.
- AZZOLINO, Adriana Pessatte. **Sete propostas para o jornalismo cultural**. Belo Horizonte: Miró Editorial, 2004.
- LINDOSO, Felipe (org). **Rumos do jornalismo cultural**. Summus, São Paulo, 2007. PIZA, Daniel. **Jornalismo cultural**. São Paulo: Contexto, 2007.
- ZILBERMAN, Regina. **Jornalismo cultural**. Florianópolis: FCC Edições, 2002.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Leitores, Espectadores e Internautas**. São Paulo: Iluminuras, 2008.
- THOMPSON, John B. **Mercadores de cultura: o mercado editorial no século XXI**. São Paulo: Editora Unesp, 2013. p. 7-31; 409-443; 451-460.

TRAQUINA, Nelson. **A redescoberta do poder do jornalismo**. In: \_\_\_\_\_. O estudo do jornalismo no século XX. São Leopoldo - RS: Editora Unisinos, 2003. p. 11-47.

FARO, J. S. Jornalismo Cultural: **Nem tudo que reluz é ouro: contribuição para uma reflexão teórica sobre o jornalismo cultural**. Comunicação e Sociedade. São Bernardo do Campo, Metodista, Ano 28, nº 46, 2006.

RIVERA, Jorge B. **El periodismo cultural**. 3. ed. Buenos Aires: Paidós, 2003.

Bidegain, Marcela. **Teatro comunitario. Resistencia y transformación social**. Colección Biblioteca de Historia del Teatro Occidental (Serie Siglo XX, director: Jorge Dubatti), 2007. Buenos Aires, Editorial Atuel, 2007

Sobre AAVV, **Teatro Comunitario Argentino. Catalinas Sur, El Teatral/Circuito Cultural Barracas, Patricios Unido de Pie, El Bemejo**. Buenos Aires, Emergentes Editorial, 2009

Esmoris, Susana. **Dí que sí. La clave para un camino abierto**. Buenos Aires, 2014

Con hierros viejos ponemos en marcha sueños nuevos” (2003). El Día, 20 de noviembre de 2003.

Cena, J. C. **El ferrocidio**. Ediciones La Rosa Blindada, 2008

Schvarzer, J. **Los ferrocarriles de carga en la Argentina: problemas y desafíos en vísperas del siglo XXI**. Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo, 1999

#### **Páginas web:**

**Esse mundo é nosso**. Consultado en abril de 2017

<http://essemundoenosso.com.br/destinos/>

**Matraqueando**. Consultado en abril de 2017

<http://www.matraqueando.com.br/a-matraca>

**Donde ando por aí**. Consultado em abril de 2017

<http://www.dondeandoporai.com.br>

**Urban Hunter project**. Consultado en marzo de 2017

<http://urbanhunterproject.com>

**Magia en el camino**. Consultado en marzo de 2017.

<http://magiaenelcamino.com.ar>

**Pueblos turísticos.** Consultado en marzo de 2017

<http://www.pueblosturisticos.tur.ar/pueblos/Juan-Eulogio-Barra#>

**Conoce la provincia.** Consultado en marzo de 2017

[http://www.conocelaprovincia.com.ar/buenos\\_aires/pueblos/page/9/](http://www.conocelaprovincia.com.ar/buenos_aires/pueblos/page/9/)

**Argenttravel.** Consultado en febrero de 2017

<http://www.argenttravel.es/pueblos-con-encanto-en-la-provincia-de-buenos-aires/>

**Pequeños pueblos con encanto.** Consultado en enero de 2017

<http://www.lanacion.com.ar/1243113-pequenos-pueblos-con-encanto>

**Pueblos turísticos.** Consultado en Diciembre de 2016

<http://www.pueblosturisticos.tur.ar>

**Conoce la provincia.** Consultado en Diciembre de 2016

<http://www.conocelaprovincia.com.ar/pueblo-la-luisa/>

**Pueblos de Argentina.** Consultado en Diciembre de 2016

<http://www.taringa.net/post/imagenes/6652351/Pueblos-de-argentina.html>

**Viajemos al campo.** Consultado en Enero de 2017

<http://www.viajemosalcampo.com/default.aspx>

**Clarín- pueblos.** Consultado en Enero de 2017

[http://weblogs.clarin.com/puebloapueblo/category/archives/primera\\_parte/](http://weblogs.clarin.com/puebloapueblo/category/archives/primera_parte/)